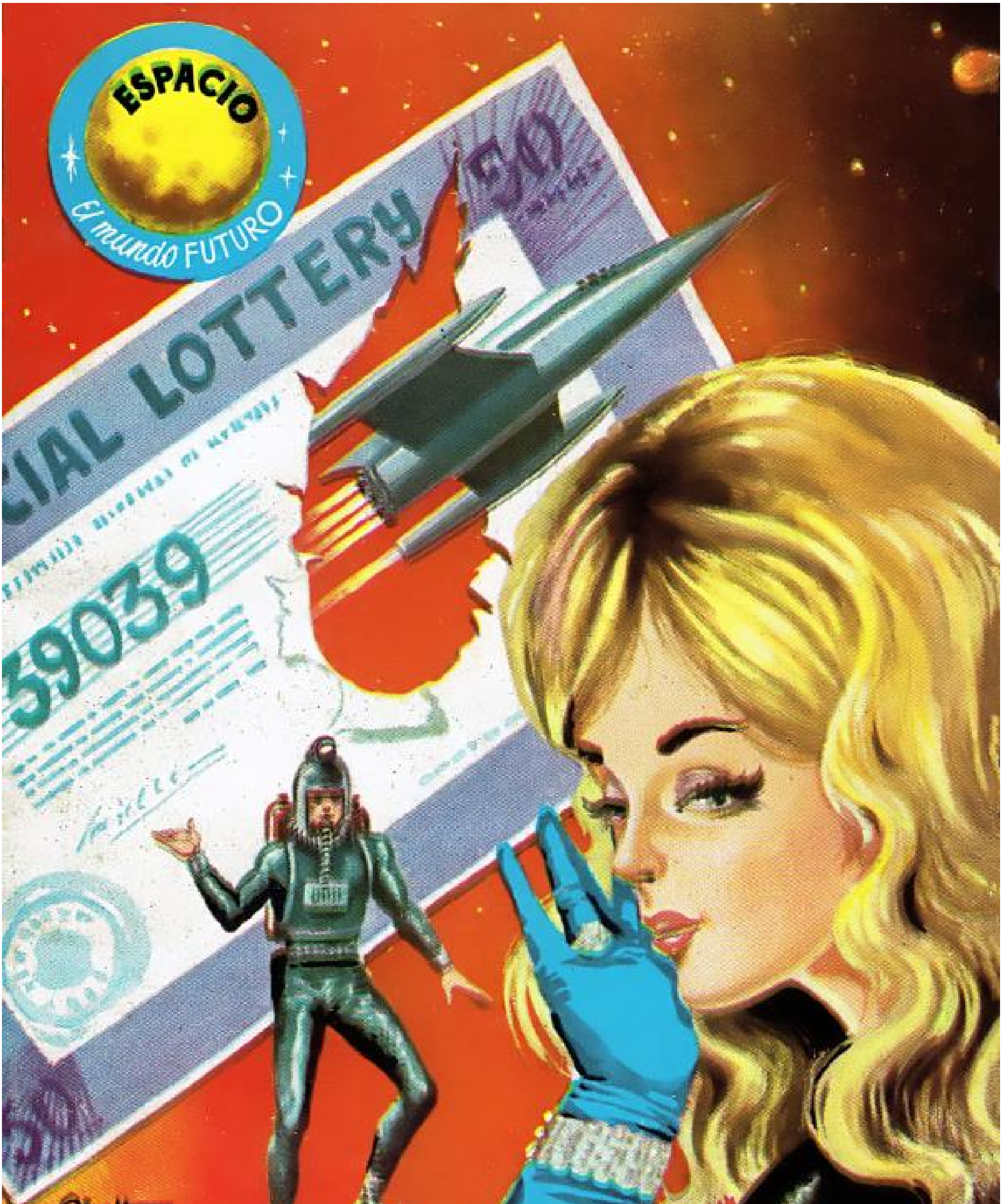


LA LOTERÍA DEL ESPACIO

JOHNNY GARLAND

Colección ESPACIO

la lotería del Espacio

POR

JOHNNY GARLAND

EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

EDICIONES TORAY, S. A. - 1962

Número de Registro: 2202 - 1962

Depósito Legal: B. 17.959 - 1962

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ediciones Toray, S. A. - A. de Oms, 51-53 - Barcelona.

PREFACIO

La suerte es un extraño elemento en la vida humana. Mejor debería ser llamada La Suerte. Así, con mayúsculas. Y con tratamiento de ser viviente. A veces, evidentemente, tiene vida propia. Y la manifiesta de un modo singular y peregrino.

Sí, la Suerte es un elemento que interviene en la vida de los hombres. A veces, de un modo realmente asombroso.

Uno se pregunta lo que hubiera sido del mundo en aquel bendito año 2.347, si la caprichosa dama llamada Suerte no se hubiese sentido atraída por un hombre que jamás tuvo fortuna en nada de cuanto hizo. Un hombre particularmente infortunado, un hombre a quien la desgracia golpeó repetidas veces durante su vida.

De pronto, ese hombre conoció a la Suerte. Y de ahí nació todo. Más, mucho más de lo que la mente más calenturienta e imaginativa pudiera haber supuesto.

No era solamente su destino el que iba a cambiar a partir de aquel momento. Era el de otras personas. Personas muy distintas al infortunado que, por un enorme sarcasmo de la vida, llevaba el nombre de Lucky Lyndon[1]. Resultaba curioso que un ser tan poco afortunado se llamase precisamente Lucky...

Pero así era la vida. Y así era él, Lucky Lyndon, nuestro héroe. Algo más, quizás, que nuestro pequeño y humilde héroe, surgido del gris monocorde de la mediocridad. Algo más, mucho más, muchísimo más...

Era alguien a quien él jamás había conocido. Solamente una vez alguien le había dicho:

—Tienes suerte, Lucky. Mucha suerte. Otro, en tu lugar, hubiera muerto...

Y Lyndon, con una ingenuidad casi patética, había clavado sus ojos, tristes y profundos, en el que hablara así. Habló muy poco.

Pero lo que dijo, fue terriblemente sincero:

—¿Suerte? ¿Suerte, has dicho? No conozco a esa señora. No sé quién es... Nunca lo supe, amigo...

Tenía razón. La suerte nunca le acompañó. No quiso acordarse de él. O quizás ni siquiera supo que existía.

Hasta aquel día.

Aquel día de verano del año 2.347. Mediado el siglo XXIV, justamente en una época en la que, si de algo desconfiaba la gente, era de la fortuna, la suerte o como se la quisiera llamar. Cada cual era lo bastante práctico para creer que esa hipotética suerte solamente era consecuencia del trabajo constante, diario, machacón, insistente. El esfuerzo, la lucha, las largas horas de labor en un mundo

materializado y demasiado carente de espíritu, por culpa de una supercivilización creciente, que absorbía las esencias humanas más trascendentales.

Y justamente aquel día, un día como cualquier otro, en una época que era poco dada a creer en milagros o prodigios que fuesen más allá de lo humano, tuvo que suceder.

La Suerte —con mayúscula—, se fijó en su más olvidada criatura. Supo, sin duda, que existía Lucky Lyndon. Un hombre con su propio nombre como parte integrante de la fortuna que jamás le visitó ni se dignó echarle una ojeada.

Ese día, todo cambió: la vida de Lucky Lyndon, la vida de otros seres, un puñado de peregrinos personajes que jamás supieron que ello sucedería.

Una mujer cuya última idea en la vida hubiera sido cambiar una palabra con Lucky Lyndon; un hombre poderoso, que jamás había cruzado su camino con el del desheredado de la fortuna. Y otros muchos... Muchos más, hasta la Humanidad total.

Sí, así fue el prodigio...

* * *

Tengo que detenerme en la preparación de las notas sobre mi historia. Me obliga a ello mi visita. Es una visita importante.

Leo su tarjeta de plástico azul. Un nombre con

letras doradas sobre el fondo de la tarjeta celeste:

BRYAN PLANET.
Reportero de TV.

No hacía falta la aclaración. Sólo hay un Bryan Planet en el mundo. Cualquiera de ustedes, si vive en este bendito mundo del siglo XXIV en que a mí me ha tocado vivir, conocerá sobradamente a Bryan Planet. Y si no le conocen, la solución es fácil: conózcanle en el minuto siguiente. Les bastará con girar el interruptor de su receptor de «mundial-visión». O esperar a la emisión nocturna de «astro-visión», emitida en cadena para todos los planetas habitados por ese curioso ser entre astuto y egoísta, pero terriblemente práctico y sensible a veces, que se llama Hombre.

Sí. Bryan Planet es el reportero de la «World-Visión» o de la «Astro-Visión», en sus emisiones, todavía aisladas y de limitada duración. Cualquiera de ustedes lo sabe. Pero a lo mejor escribo todo esto para la posteridad, para lectores situados más allá de este feliz año en que vivo, y entonces se hace necesaria la aclaración.

Mi visitante es Bryan Planet. Seguramente su apellido no es éste. Pero resulta sonoro, es popular, la gente lo conoce y admira, y eso lo justifica todo. Incluso en nuestra época, todo se justifica por la

fama y la popularidad. En eso creo que no nos diferenciamos demasiado de nuestros antepasados de dos, tres y hasta cuatro siglos atrás. La Humanidad, por muchos siglos que viva, es siempre singular y graciosamente parecida a sí misma. Sin duda, es tan engreída y absurda, que se cree perfecta, y se dedica a imitarse, sin advertir la torpeza que ello significa. A pesar de que yo soy una de las personas que opinan que, incluso en nuestros grandes lamentables defectos, somos sublimemente admirables. El día que dejemos de ser imperfectos, tontos y presuntuosos, habremos olvidado nuestra condición humana, para convertirnos en esa cosa rara, que mimamos hasta el hastío, y de la que aseguramos que puede suplirnos ventajosamente, y que puede llamarse «máquina», «robot», «autómata» y todo lo que ustedes quieran, porque todo ello significa, poco más o menos, la misma cosa.

—Pase —dije al comunicador inter-sala, que me había pasado en su «bandeja» automática la tarjeta de mi visitante—. Le espero, señor Planet.

Bryan Planet pasó. A veces lo hacía aún sin ser invitado. Conmigo, al menos, tenía la especial condescendencia de aguardar en el gabinete, como una visita cualquiera. Y todos sabían que Bryan Planet podía ser cualquier cosa menos una «visita

cualquiera». Yo sé de miles de histéricas idiotas —género femenino que todavía existe en nuestra época, desgraciadamente, como una herencia del pasado remoto, si es que cuatro siglos pueden considerarse «pasado remoto»—, que darían años de vida, y millones de «créditos» —si los tuvieran— para ver un solo momento, en el asiento de su gabinete, a un tipo tan guapo, famoso y admirado como Bryan Planet.

Su presencia me dejó frío, sin embargo. Quizás es porque yo no soy mujer ni me derrito por los héroes de la pantalla de televisión, por muy «astral» que sea. Creo que estoy un poco de vuelta de todas esas majaderías, gracias a Dios.

—Hola —saludó, con muy poca originalidad, el tipo que pretendía ser tan original ante las cámaras mundiales o planetarias de la TV.

—Hola —contesté, sin creerme obligado a ser más imaginativo o ingenioso con él.

—Quería verle —dijo, siguiendo con su escasa imaginación verbal.

—Bueno. Ya me está viendo —sonreí, sin la menor gana de sonreír—. ¿Y qué más?

—Soy Bryan Planet —explicó, altivo, como si ello fuese realmente decisivo y lo explicara todo.

—Ya lo leí en su tarjeta —respondí, secamente—. Supongo que tendrá algo más que decir.

—¿Más que decir? —me contempló, verdaderamente sorprendido—. ¿Es que hace falta decir más?

—Usted lo sabrá. Pero si ha venido tan sólo a decirme eso, creo que pudo ahorrarse la visita.

—Mi querido amigo, yo soy Bryan Planet —insistió, como si se sintiera escandalizado—. ¿Es que eso no basta?

—Mi querido Bryan Planet... no —repliqué—. No basta. .

Hubo un silencio. Me miraba como a un bicho raro. Posiblemente lo sea en ciertas cosas. Y me siento feliz por ello. En esta ocasión, más que en ninguna otra. Los tipos como aquel Bryan Planet siempre me habían caído mal. Disfrutaba metiéndole en apuros.

—Soy un importante personaje —manifestó, lleno de pomposidad—. El primer presentador de televisión del mundo.

—Lo cual no explica en absoluto a qué ha venido —corté—. Por eso quiero saber algo más. Si es que se decide usted a decirlo.

—Está bien —suspiró, cómo si se rindiera y resolviese por fin salir de la torre de marfil de su superioridad—. He venido a iniciar una serie de grandes reportajes.

—¿Sobre qué?

—Sobre algo que al mundo le gustaría conocer: la Lotería del Espacio.

Asentí despacio. Aquello empezaba a tener forma. Desde un principio había sospechado que ésa era la intención de Bryan Planet. Pero preferí dejar que fuese él quien tomara la iniciativa y dijese lo que realmente había venido a buscar.

—La Lotería del Espacio... —murmuré lentamente—. Sí, supongo que soy la persona que mejor podría explicarlo todo. ¿Interesará eso a sus televidentes, Planet?

—Por supuesto. Es un tema apasionante. Una historia poco común, incluso en nuestra época. Pero, naturalmente, antes de llegar a la Lotería en sí, debió de existir un principio. Algo que fue a modo de prólogo de la historia, y sobre lo cual se edificó luego el sorprendente cúmulo de acontecimientos.

—Todo en la vida tiene su prólogo —suspiré—. Sólo que, a veces, ni siquiera nosotros nos damos cuenta de, ello, hasta que el auténtico relato ha empezado, y lo vivimos en todo su apogeo. Entonces, si echamos la vista atrás, descubrimos que, realmente, existió eso que usted ha llamado «prólogo».

—Me gustaría que me lo refiriese todo. Desde el prólogo mismo. La «Astro-Visión» está dispuesta a

pagar bien su relato.

—¿Pagar?

—Sí. Estoy autorizado a ofrecerle hasta doscientos mil «créditos».

—No me preocupa mucho el dinero, ciertamente —sonreí—. Pero sí me atrae la idea de referir esa historia. Es más, estaba empezando a escribirla, sin saber que llegaría la ocasión de ofrecérsela a un público tan numeroso como el suyo.

—Entonces, ¿acepta la oferta? ¿Me permitirá que narre a mi público toda la historia de Lucky Lyndon y la Lotería del Espacio?

—Se lo permitiré, Bryan Planet.

—¡Magnífico! —se incorporó. De su bolsillo, extrajo una diminuta, microscópica cámara fotográfica que puso en funcionamiento. Percibí el zumbido de su diminuto rollo, pasando ante el objetivo tomavistas. Me estaba enfocando a mí—. Empezaremos con su imagen, ¿comprende?

—Sí, comprendo —sonreí pálidamente—. Creí que era tan sólo la historia de la Lotería lo que le interesaba a su público.

—Sí, pero también le interesa conocer a Lucky Lyndon. Empiece el relato, por favor. Ya puede ir hablando. Lo haremos en varias sesiones. Se emitirán cada día, hasta referir la historia completa...

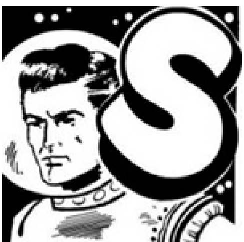
Comprendí. Y empecé la historia. Nadie sino yo podía empezarla. Nadie sino yo podía terminarla.

Quizás me olvidé mencionarlo antes. Pero yo... yo soy Lucky Lyndon.

—Escuche, Bryan Planet —hablé serena y pensativamente—. El prólogo de la historia no estuvo muy distante de la historia misma. Prácticamente, casi se confundieron. Podríamos asegurar que la increíble, fantástica historia de la Lotería del Espacio, mi primer contacto con la Fortuna, comenzó cuando...



CAPÍTULO PRIMERO
LUCKY, EL INFORTUNADO



SÍ, aquello era el prólogo. El prólogo de la aventura más impresionante, mágica y terrible de todos los tiempos. Quizá uno de los episodios humanos más increíbles y, a la vez, más trascendentales en el curso de la existencia sobre la Tierra e incluso en los espacios siderales...

Pero Lucky Lyndon no lo sabía. No podía saberlo... Siempre había sido un hombre sin fortuna. Parecía una herencia. Quizás en realidad lo era. Había heredado la amargura, el dolor y el resentimiento de una época brutal, de represalias violentas, de odios feroces y de tiranía implacable, bajo la férrea dictadura mundial del Gran Consejo, que siguió al período de guerras intercontinentales de los años 2.302 hasta el 2.335.

Rebasado el período bélico, vencidas las diferencias políticas, económicas y sociales de un mundo en nueva transición, se acordó nombrar una Junta Internacional que llevase el control del Poder mundial, hasta la elección de una nueva Federación de Gobiernos.

La Junta Internacional estaba dirigida por un político honrado y noble, un hombre que difundía constantemente sus mejores doctrinas de amor, de confraternidad y de paz, todo eso que el

Hombre ha estado siempre pregonando a los cuatro vientos, mientras procuraba, por otra parte, hacer todo lo posible en contra de sus propias teorías.

Aquel hombre era Héctor Karran. Un hombre brillante, de fácil palabra y enérgica acción. Le apoyaba, en su labor política, otro hombre mucho menos brillante y menos enérgico en apariencia. Pero que reservaba su propia sorpresa para más adelante. Era el Mariscal Alaro Renzo.

Alaro Renzo era inteligente. Lo bastante para que pareciese opaco y sin personalidad, y desde luego, falto de toda iniciativa.

Todo eso, cuidó de desmentirlo él mismo, sublevándose de la noche a la mañana, encarcelando a Héctor Karran, bajo una serie de acusaciones, entre las que se contaban las de ineptitud, excesiva tolerancia, corrupción de su sistema político y un sinfín de cosas más. Karran, una vez encarcelado, se dijo que también había sufrido torturas y daños incalificables, a manos de la policía y los verdugos de Alaro Renzo, cuyos procedimientos parecían ser de rigurosa tiranía dictatorial.

Así, Renzo se nombró a sí mismo Primer Consejero Mundial, del Gran Consejo que él formó, a base de una junta de urgencia, formada por políticos y militares que se sometían total e íntegramente, a su voluntad omnímoda.

Alaro Renzo, convertido de esa forma en suprema autoridad de la Tierra, empezó su sistema de gobierno por el único camino posible, dado su temperamento y modo de ser: la crueldad tajante, la represalia violenta, el dominio policíaco-militar de todos los Continentes. Y la ejecución inmediata, justificada o no, de todo el que pudiera ser un peligro para el sistema de gobierno, bien por acción o por simples ideas e inteligencia.

Los asesinatos, encubiertos por una pretendida justicia radical, empezaron a ensangrentar al mundo a partir de entonces. Muchos cayeron, bajo las órdenes del dictador.

Entre esos muchos, se contaba un hombre llamado Ken Lyndon. Su delito había sido, simplemente, desear que la libertad volviera al mundo, y atreverse a expresarlo así en una serie de crónicas publicadas en una revista internacional, cuyos directores y redactores principales fueron también ejecutados por los verdugos de Alaro Renzo, fechas antes de que Ken Lyndon fuese arrestado en su domicilio, llevado a la Torre Negra, o prisión del Estado, y ejecutado allí, en la cámara electrónica de la Muerte.

La señora Lyndon no tardó en reunirse con su esposo. A ella no necesitaron ejecutarla. Su dolor, su angustia, su soledad misma,

contribuyeron a terminar pronto con su vida.

Y el pequeño Lucky Lyndon, hijo de Ken y de Ana Lyndon, se quedó solo en el mundo, con la única protección de su tío Gart, que no era precisamente un hombre rico ni de acomodada posición.

Lucky creció junto a él. Tío Gart se sacrificó cuanto le fue posible por su sobrino. Le hizo estudiar, aprender, hacerse hombre en las Escuelas del Gran Consejo. Naturalmente, se pretendió formarle, educarle, y adaptar su mentalidad y espíritu al del sistema de gobierno del tiránico Alaro Renzo.

Pero Lucky Lyndon iba a ser un muchacho de ideas propias, difícil de someter a moldes ajenos. Pronto se dedicó a pensar por sí mismo, observó la rigidez brutal de los métodos del Gran Consejo, y juzgó que era un sistema canallesco de controlar la voluntad humana.

Entonces supo por tío Gart lo de sus padres. Y pocos días después, el propio tío Gart era arrestado, por actividades sospechosas contra el Gran Consejo. No volvió a verle. Más tarde, supo que había sido ejecutado en la Torre Negra, tras, ser declarado culpable por el Comité de Justicia del Gran Consejo.

Entonces cambió radicalmente Lucky Lyndon. Había tenido auténtica mala suerte desde que nació, perdiendo primero a sus padres, y luego a su único ser querido, tío Gart. Pero él consideraba que la mala suerte era, en gran parte, responsabilidad directa del sistema de Renzo, de sus crímenes políticos, brutales y violentos.

Lucky cometió dos errores. El primero, darse de baja inmediatamente en las Escuelas controladas por el Gran Consejo, revelando abiertamente su desprecio por ellas. El segundo error consistió en hablar públicamente de su repugnancia hacia Alaro Renzo y su Gobierno Internacional, calificándoles de «asesinos repugnantes y viles».

Pero todavía cometió un tercer error: el que habían estado esperando los agentes de la temible Policía Internacional de Alaro Renzo.

Ese error consistió en mezclarse con un importante grupo político, enemigo del dictador, para derrocarle. El movimiento clandestino se descubrió. Lucky Lyndon fue arrestado en el local de reuniones. Y aunque su intervención en los delitos políticos no podía demostrarse, ya que era un «recién llegado», la pena impuesta fue la misma que si hubiera atentado contra Alaro Renzo en persona: la de morir en la cámara electrónica de la Torre Negra.

Eso parecía colmar el infortunio habitual en Lucky Lyndon, el hombre que menos fortuna tenía en todo aquello que tocaba.

Era el final de una vida infortunada, que terminaba en lo que acaban todas las vidas: la muerte. La ley brutal, violenta, inhumana, del tirano Renzo, iba a acabar con él, como antes terminara con tantos otros, entre los que estaban sus padres, su tío, y otros muchos personajes que resultaron igualmente peligrosos para la tiranía que oprimía con su dogal de hierro a la Tierra toda.

¿Quién podía figurarse, que entonces, y precisamente entonces, un simple incidente, un suceso trivial, alteraría su destino... y a la vez el de tantos y tantos seres de todas las latitudes y todas las órbitas espaciales?

El incidente había sido anterior a su encarcelamiento. Exactamente la víspera de acudir a una de las citas clandestinas del grupo político enemigo de la dictadura mundial. Y todo porque su vehículo sufrió una leve avería, en una peligrosa proximidad al lugar donde se reunían los conspiradores enemigos de Alaro Renzo.

* * *

—Señor, ¿le ayudo a reparar su turbo-móvil?

—No, muchacho, gracias. Lo haré reparar luego.

—¿Por qué esperar? Puedo arreglarlo ahora. Yo entiendo de turbinas. Yo puedo ayudarle...

—No, no. Anda, sigue tu camino, muchacho. No necesito ayuda.

—Pero, señor, se ha quedado sin turbo-móvil —insistió el muchacho, con auténtica obstinación—. Las distancias son muy largas actualmente, y los turbo-taxis son muy costosos. No tiene que pagarme nada, se lo aseguro. Le ayudaré, sólo a cambio de que me compre un tele-reporte... o un número de la «Cosmo-Lotery».

Lucky Lyndon se echó a reír, a pesar de la irritación del momento en que se encontró con el mecanismo de su vehículo estropeado. Contempló el pecoso rostro bajo los rebeldes mechones color panocha de la crespa cabellera del mozalbete.

—Ya salió aquello —dijo, riendo—. O un periódico tele-grabado, o un número para un sorteo. Lo de siempre.

—Señor, en algo tiene uno que ganarse la vida. Pero si eso le disgusta, le prometo no insistir. Le ayudaré, aunque no me compre nada...

—Eso está mejor —Lucky miró al muchacho, sintiéndose algo arrepentido de haberle reprochado que se ganara así la vida; después de todo, eran muchos en la nueva era los que se ganaban el sustento de las formas más complicadas y difíciles, a causa de los problemas provocados por los sistemas totalitarios, tiránicos, de Alaro Renzo. Con tono suave añadió—: Vamos, amigo, ayúdame.

No estoy muy lejos del lugar adonde voy, pero me gustaría que al salir de allí pudiera volver con mi vehículo. Veamos si es realmente cierto que conoces algo de turbinas...

Era cierto. Conocía bastante de turbinas. Logró dar con la avería en breve tiempo, cuando Lucky le contemplaba con cierto aire de burlona duda.

—¡Aquí es! —dijo el muchacho—. Mire, señor. Hay una obstrucción en el paso del gas de la pila nuclear...

Era también verdad. Lucky Lyndon aprendió a ese precio que no se podía mirar a nadie con aire burlón. El muchacho sabía bastante de motores a reacción, incluso nucleares. Eso era extraño en un ser tan joven y tan alejado de los elementos turbo-nucleares, como un vagabundo de un trono de oro.

—Bueno, lo hemos resuelto —suspiró Lucky, cuando la avería quedó reparada. Se incorporó, secándose las manos, y cambió una mirada con el muchacho—. ¿Cómo has aprendido a conocer los mecanismos termo-nucleares de retropropulsión?

El joven miró tristemente a Lucky Lyndon. Sus azules ojos expresaron cierto pesar. Y al hablar, lo hizo con un tono grave, profundo:

—Yo trabajé antes en unos grandes talleres de motores a reacción —explicó con calma—. Pero eso quedó atrás, señor.

—¿Por qué?

—Bueno, yo... —tragó saliva, sin atreverse a concluir. Pero aun así, lo hizo, dificultosamente—: Yo... no era partidario de... del actual sistema político. Mi padre murió enfermo y sin medios, porque a pesar de su edad y sus dolencias, se opuso al sistema de gobierno de Alaro Renzo. ¿Entiende usted ahora?

Claro que entendía. Lucky Lyndon era uno de los que mejor podían entender una cosa así. Asintió en silencio. Cuando habló, no se excedió demasiado. Sabía que eso era peligroso.

—Sí —dijo—. Entiendo muy bien. Y lo lamento de veras, muchacho. ¿Cómo te llamas?

—Randy Ball, señor.

—No puedo hacer nada por ti, Randy —sonrió tristemente—. No soy precisamente una persona adicta a lo que hace Alaro Renzo. Pero me gusta tu lealtad y tu hombría. Ve con cuidado por la vida. Y no hables demasiado del modo cómo murió tu padre y cómo te despidieron a ti de los talleres. Hablar mucho tiene sus riesgos hoy día.

—Sí; señor. Es lo que sucede hoy día en nuestro mundo. Cuidaré de no cometer imprudencias. Tiene usted razón...

Lucky miró al muchacho. Sacó del bolsillo unos billetes. Se los tendió. El joven los miró con asombro.

—¡Oh, no! —protestó—. ¡Son muchos «créditos», señor! Yo no me los he ganado…

—Claro que los has ganado —asintió Lucky—. Guárdalos.

—No me gusta que me den propinas, señor. Ni limosnas. Preferiría dar algo a cambio de ello…

—Ya me lo diste: tu ayuda en la reparación del motor.

—Eso fue solamente un favor —sonrió el muchacho—. No quisiera que eso compensara la entrega de este dinero. Yo… yo… no puedo aceptarlo, señor…

—Está bien —suspiró Lucky—. Anda, dame un periódico de ésos, un número de Cosmo-Lotería o cualquier cosa… Lo que tú quieras, Randy.

Eso calmó a Randy. El muchacho le tendió un bloc de números impresos sobre un fondo azul fluorescente, con el titular plateado de la Cosmo-Lotery. Lucky lo miró mecánicamente. Era un número raro: el 39.039.

—Treinta y nueve mil treinta y nueve —dijo Randy Ball—. Es mi número favorito. Tómelo, señor.

—Pero ¿y qué hago yo con esto? —rió Lucky—. Jamás he jugado a la Lotería ni a ningún juego de azar. No tengo suerte. Nunca la tuve.

—Alguna vez la suerte cambia, señor. Entonces… todo es distinto a lo que fue. Ese número puede ser el principio de su nueva fortuna. Lo deseo. Y casi presiento que será así. Tome ese número, señor. Todavía hay «créditos» de diferencia, que aceptaré como propina, pero a condición de que guarde su número de Cosmo-Lotery.

—Bien. Aceptado. ¿A qué da derecho este número?

—Al máximo premio anual de la Lotería Cósmica. Las Empresas de Viajes Interplanetarios y la Asociación de Colonias del Espacio colaboran con la TV y Cinematografía Universales, dando el máximo premio posible: dos millones de «créditos», un viaje por el espacio sideral y un premio especial de la TV y Cinematografía que aún no han concretado ellos…

Lucky Lyndon asintió, con una sorda sonrisa. Lo último que hubiera esperado es que el premio cayera sobre él. Pero siempre esas cosas provocaban cierta curiosidad.

—Esperaré confiado en mi suerte —dijo con sarcasmo, guardándose el billete—. Sería la primera ocasión en mi vida en que yo lograra algo positivo de la Diosa Fortuna. Por tanto, amigo

Randy, ni siquiera lo imagines.

—Es algo más que imaginación, señor —sonrió el joven Randy—. Estoy convencido de que usted ganará. Sé que ganará... esté donde esté. Y, cueste lo que cueste, le tendrán que conceder el premio. Es la Ley universal. Todo ganador de un premio debe disfrutar de él. Sea en las condiciones que sea.

Ése había sido el incidente. Lucky Lyndon iba a tener razones sobradas para recordarlo cuando...

* * *

El número premiado por aquel sorteo extraordinario de la Lotería del Espacio fue precisamente el 39.039.

La fecha del sorteo coincidía con la víspera de un acontecimiento importante en la vida de Lucky Lyndon. Quizás el más importante de todos los acontecimientos después de su nacimiento.

El día 7 de julio de 2347 apareció el 39039 en todos los tableros del mundo en que se anunciaba con cifras luminosas a las gentes de todas las razas el número premiado por la Cosmo-Lotery. Y el 8 de julio Lucky Lyndon iba a ser ejecutado en la cámara electrónica de la Torre Negra...

CAPÍTULO II
EL GRAN PREMIO



UIZÁS había sido un rasgo más de crueldad por parte del Gobierno Internacional de Alaro Renzo. Pero cada celda poseía su receptor de radio.

Y las noticias de la radio, para un preso sentenciado a morir, resultaba un método más de tortura. Refinado, sutil, realmente diabólico.

—«...mañana, día 8, será ejecutado, por traición al Estado Mundial del presidente Alaro Renzo, el acusado Lucky Lyndon, que fue capturado cuando tramaba una conspiración contra la vida de nuestro presidente y su Consejo. Como todo sentenciado político, a las cinco de la madrugada entrará Lucky Lyndon en la cámara electrónica de ejecuciones...»

Era la última noticia citada por el locutor de la radio. En la celda se podía cerrar la transmisión. Y es lo que hizo su compañero de celda, un hombre ancho, fornido, atlético, de rapado cabello gris, que estaba sentenciado por un delito común de asesinato.

—¿Por qué quitas la radio? —preguntó Lucky Lyndon con voz grave, mirándole desde su litera de roja espuma plástica.

—¿Es que quieres oír eso, compañero? —rezongó el otro—. A mí no me nombran, porque soy un asesino. Me ejecutarán cualquiera de estos días. Pero de ti dan todos los detalles y... no creo que te guste demasiado, amigo.

—Es igual, gracias —sonrió Lucky, indiferente—. Puedes abrir de nuevo. Sé que van a matarme. No me dan ninguna noticia nueva.

El otro reo se encogió de hombros. Abrió el disco de sonido. La radio siguió emitiendo sus noticias:

—«...y en las regiones glaciales de la Antártida el profesor Guido Razano continúa sus investigaciones en torno al calor artificial y a la luz solar almacenada, que espera obtener en breve plazo, pudiendo experimentar en aquellas regiones, deshelando la zona polar del sur y cambiando radicalmente su temperatura, con lo que se podrá lograr finalmente la habitabilidad de los Polos terrestres en un futuro próximo...»

—¡Bah, tonterías! —farfulló el reo, que era vecino de celda de Lucky—. ¿Qué me importa a mí todo eso? Cuando se logre, yo estaré muerto y bien muerto. ¿Para qué podrá servirme?

—No debes juzgar por ti —replicó Lucky Lyndon—. Quedan otros seres en la vida que merecen gozar de privilegios así, de los avances de la Ciencia. Por ellos debemos felicitarnos de que descubrimientos así lleguen a ser realidad… aunque nosotros estemos muertos.

El convicto de asesinato miró de hito en hito a Lucky, con sus ojos grises, duros como dos trozos de frío acero. Manifestó, encogiéndose de hombros, con rudeza:

—Eres demasiado bueno, Lyndon. Quizá por eso te van a matar. No se puede ser bueno. Y menos en este mundo asqueroso en que nos ha tocado vivir.

—No sé. No pretendo serlo. Uno nace de un modo. Y no se puede cambiar fácilmente. La maldad de unos pocos no cuenta.

—Tal vez sea como tú dices… —gruñó el otro, escéptico—. Pero sigo opinando que eres demasiado bueno para que te metan en esa maldita cámara…

—«A continuación emitimos especialmente para informar acerca del boleto de Lotería del Espacio o Cosmo-Lotería, que ha obtenido el primer gran premio universal, consistente en dos millones de «créditos», una nave espacial en propiedad, un viaje por todas las regiones del espacio dominadas por el hombre… ¡y una compañera maravillosa, aparte de la persona que uno elija también como compañero de ese viaje! ¡Una compañera que no es otra que Ruby Star!… ¡Ruby Star, la gran figura de la Televisión y Cinematografía mundiales; la vampiresa sensacional, la dinamita femenina del siglo XXIV! ¡Ruby Star, la rubia explosiva, la hermosura sideral de nuestro tiempo, acompañará al ganador del gran sorteo… que ha sido el poseedor del boleto 39.039! Repetimos, señoras y señores: boleto de Cosmo-Lotery 39.039, gran premio universal, único e intransferible, que será disfrutado por su ganador, esté donde esté, según fijan las leyes internacionales de Lotería!»

Parpadeó Lucky Lyndon. Luego dijo con sencillez;

—Tiene gracia…

—¿Eh? —el otro condenado le miró abruptamente—. ¿El qué tiene gracia? ¿Que un tipo consiga esa fortuna, ese viaje y una compañía como la de esa chica? Posiblemente la tenga. Pero sólo para él, amigo. Nosotros no estaremos ya en el mundo cuando eso suceda… Por mí, el afortunado ya se puede ir al infierno.

Lucky sonrió, con cierta amarga ironía. Manifestó sencillamente:

—Sí, creo que es adonde va a ir precisamente ese afortunado caballero… Casualmente, amigo mío… yo soy el que posee el boleto 39.039…

El otro le miró como si en vez de estar en una celda de condenados se hallase en una destinada a los locos furiosos.

Pero Lucky le mostró de repente la única pieza de sus pertenencias que se le había autorizado a llevar encima, si ese era su gusto, hasta el momento mismo de ser ejecutado: el boleto de la Cosmo-Lotery con las cifras ideales: 3… 9… 0… 3… 9…

—¡El treinta y nueve mil treinta y nueve! —aulló el condenado—. ¡Es cierto! ¡Es cierto, Lyndon!… ¡Tú has sido el afortunado!

—¿Y de qué puede servirme? —Lyndon se encogió de hombros, con pesimismo escéptico—. A fin de cuentas… estoy aquí. Al borde de la Eternidad. ¿Para qué quiero esta fortuna? No me sirve absolutamente de nada.

El condenado a muerte le señaló con súbita expresión excitada la rejilla mural del receptar de radio. Y dijo con voz ronca:

—Dijeron que el agraciado tiene derecho al premio «esté donde esté». Es el reglamento internacional de la Lotería. ¡No pueden faltar a su propia Ley de manera pública, o eso provocará un revuelo mundial, y un movimiento de protesta y descontento contra ese cerdo de Alaro Renzo!

Lucky le miró, pensativo. Una luz brilló en sus pupilas. Y dijo pensativamente:

—Sí. Creo que tienes razón, amigo. Voy a reclamar. A reclamar inmediatamente. Y que sea lo que Dios quiera. Pero merece la pena probar.

Se inclinó. Giró el dial de la radio y el receptor se convirtió automáticamente en emisor de voz. Era el sistema utilizado por los presos para cualquier deseo que expresaran desde su celda.

—Quiero ver inmediatamente a mi abogado legal —dijo con voz fría Lucky Lyndon—. Y al alcaide de esta prisión y al representante del Gobierno.

—¿Se ha vuelto loco, Lyndon? —habló ásperamente la voz de uno de los celadores—. ¿Para qué provoca todo ese lío ahora?

—Tengo perfecto derecho a ello. ¡Lo exijo! Además… es mi última voluntad. No pueden negármela.

—Está bien, amigo. Si malgasta así su último deseo, allá usted. Ahora llamaremos a todos ellos y podrá verlos en la antecámara de su celda dentro de unos minutos.

—Gracias —Lucky Lyndon sonrió maliciosamente—. Eso es todo…

* * *

Los tres hombres miraron hacia la puerta eléctrica. Con un zumbido, ésta se abrió. Los ojos fotoeléctricos de seguridad no funcionaron y la alarma no se extendió al pasar el preso, porque los guardianes, armados con sus fusiles electrónicos, habían desconectado los detectores automáticos, ya que la salida del condenado Lucky Lyndon a la antesala de su celda estaba autorizada por el alcaide de la Torre Negra, a causa de que la última voluntad del sentenciado había sido formulada con algunas horas de antelación. Y su última voluntad era aquella reunión, en la que podía pedirlo todo… excepto la vida. Sin embargo, esto era precisamente lo que Lucky Lyndon iba a solicitar.

—Señor Lyndon, su deseo ha sido cumplido conforme prescribe la Ley —habló el abogado con firmeza—. Aquí, el señor Tharrant, representante del Gobierno del presidente Renzo, y el señor Keller, alcaide de Torre Negra, le podrán atender durante diez minutos, conforme la propia Ley señala. Así, pues, amigo mío, procure ser breve. Una última voluntad, a pesar de serlo, tiene sus limitaciones. Especialmente en su caso.

Lucky asintió. Luego, con una breve risa burlona, manifestó súbitamente:

—Me sobran nueve minutos y cincuenta segundos. Diez de esos segundos me bastan para reclamar lo que la Ley me autoriza: no pueden ejecutarme. Deben dejarme libre.

Los tres hombres se miraron. Tharrant suspiró, con aire aburrido. Era un frío, severo militar del Consejo Internacional de Renzo.

—Ya dije que esto era una majadería. ¿Qué pretende decirnos con eso, Lyndon? —interrogó con aspereza—. ¿Va a echarnos un discurso?

—No. No me gusta hablar, señor —denegó Lucky, sonriendo—. Sólo quiero ser libre. Salir de aquí. Y no ser ejecutado.

—Señor Lyndon, le recuerdo lo que la Ley permite —avisó el alcaide Keller—. Puede pedirlo todo… menos la libertad o la vida. Es la Ley.

—La Ley parece preocuparles mucho, ¿no cree? —se burló Lucky.

—Se dice que somos una dictadura —cortó Tharrant, altivo—. No sé si se dice por insultarnos o elogiarnos. Pero la Ley se cumple.

—¿Siempre?

—Siempre. El pueblo lo sabe.

—Entonces vale más que siga sabiendo el pueblo que esa Ley no

es burlada impunemente por los propios encargados de defenderla. Tengo que ser puesto en libertad. No pueden ejecutarme. Al menos, mientras no cobre mi premio.

—¿Su premio? —el abogado parpadeó. Parecía nervioso, contrariado por la ridícula, violenta situación a que le reducía su cliente ante dos personalidades como Tharrant y Keller—. Vamos, vamos, amigo mío. Evidentemente la tensión nerviosa le ha alterado lo suficiente como para...

—Usted cierre el pico, abogado —cortó Lucky, acremente—. Hay algo capaz de lograr por mi vida y mi libertad, mucho más que usted y sus legislaciones estúpidas. Ningún abogado me convenció jamás. Son picapleitos sin eficacia. Vividores de la Justicia,

—¡Lyndon! —aulló el abogado, palideciendo—. ¿Cuál es, pues, su última voluntad? ¿Ofendernos, insultarnos y burlarse de la Justicia?

—No resolverá nada con eso —le avisó fríamente Keller, el alcaide de la Torre Negra—. Y le aviso que su elocuencia no durará más de diez minutos, si es que tiene el raro capricho de decir tonterías que no pueden herir a nadie, porque no es más que la expansión de un hombre que va a morir y que quiere expresar su odio contra todos.

—Se equivoca. Quizá terminaré muriendo, tal y como ustedes desean. Pero no ahora. O la Ley de Alaro Renzo y sus caciques va a quedar muy mal parada. Tienen que darme la libertad. Y la vida. Aunque sea por un tiempo limitado. No solicito un indulto. ¡Exijo un aplazamiento obligado!

—No hay ley que le apoye en esa pretensión —el abogado se ahogaba en su ira, con el rostro enrojecido por la indignación.

—Así es —aceptó Tharrant—. Debe ser ejecutado. Está resuelto. Perdemos el tiempo. Y nos lo hace perder a nosotros en esta reunión. Por mi parte, he terminado. Regrese a su celda, Lyndon. Apuró su último deseo.

—Todavía no —sonrió Lucky, agresivo—. Ustedes han puesto siempre a la Ley por delante. Parece una obsesión común a todos ustedes. Pues bien. A esa misma Ley apelo yo. Y exijo su cumplimiento. Ustedes saben lo que esto significa.

Había hundido la mano en el bolsillo de su uniforme de plástico, color gris plomo, con la inscripción negra del pabellón de condenados a muerte. Cuando la sacó, lucía entre sus dedos el boleto de la Cosmo-Lotery.

Las cifras fluorescentes destacaron claramente. Lucky las señaló. Dijo lenta, fríamente:

—Número treinta y nueve mil treinta y nueve. Primer gran premio de la Lotería del Espacio. La Ley lo señala: «Esté donde esté», el beneficiado debe recibir ese premio. Públicamente, ante el mundo entero… ¡Y yo gané el premio, señores!

El silencio estupefacto que se hizo pareció tan denso que daba la impresión de poderse cortar con un cuchillo. Los tres hombres se miraron entre sí, perplejos. El abogado farfulló algo, avanzó y miró el boleto más de cerca, en tanto Tharrant y Keller cambiaban una ojeada de alarma e inquietud.

—¡No puede ser! —aulló Keller—. ¡Un condenado a muerte… ganador de la Lotería del Espacio!

—Ganador de la Lotería del Espacio… —musitó roncamente Tharrant, algo pálido—. ¿No puede evitarse esto, Keller? ¿No se puede despojar del número, anular el sorteo o…?

—¡Imposible! A estas horas el vendedor de ese número habrá ya hecho público a quién vendió el boleto, ya que en cada resguardo se inscribe el nombre del jugador. Seguro que la Televisión, los periódicos, absolutamente todo el mundo, difunde ya el nombre de Lucky Lyndon… —Keller se expresaba gravemente, con expresión alterada—. Ese número… ese número es intransferible.

—Y está en la Ley Internacional —añadió con voz tensa el abogado de Lucky—. Es preciso que disfrute ese premio. O la Lotería se hundirá, y el mundo entero acusará al presidente Renzo de abuso del poder…

—¡Ya basta! —cortó Tharrant, descompuesto. Miró a Lucky Lyndon con odio, con auténtica ira—. Su juego ha sido muy astuto, Lyndon. Sabía que era necesario respetar la Ley. Se burló bien de nosotros, mientras poníamos esa misma Ley como muro a sus demandas. Usted contaba con dar la vuelta a la situación, porque conoce el reglamento internacional. Muy bien. Aceptamos la derrota. Ha ganado. Pero ese viaje espacial solamente dura un año terrestre, Lyndon.

—¿Y bien? —sonrió Lucky, sarcástico.

—Cuando esos doce meses hayan pasado y regrese a la Tierra… será ejecutado.

—Lo supongo —admitió Lucky, imperturbable—. Pero no deja de ser un aplazamiento de sentencia.

—Un aplazamiento muy breve —avisó Keller—. Para usted, apenas si significará poco más de un mes, en la proporción de Tiempo-Tierra y Tiempo-Espacio, cuando abandone la órbita terrestre.

—Será un mes de vida intensa para mí —sonrió Lucky Lyndon. Y

añadió, sarcástico—: Y un año de espera para ustedes, para el presidente Renzo… Quizás al final de ese tiempo él ya ni siquiera sea presidente de nuestro planeta. Será mi esperanza.

Tharrant apretó los labios, furioso. Le miró con ojos centelleantes. No estaban habituados los hombres de Renzo a escuchar cosas así, imperturbables, y sin que pudieran castigar inmediatamente al atrevido. Ahora, una singular, extraña inmunidad, protegía por un año terrestre al afortunado ganador de la Lotería del Espacio.

—Esperará en vano —dijo glacialmente—. Lo único que puede esperar… es la muerte. Y será un día feliz para mí aquél en que su buena suerte termine, Lyndon.

—No me sorprende —rió Lucky—. Nunca tuve suerte. Pero ésta vale por todas. De veras, señores.

Y soltó una seca, agresiva y dura carcajada.

CAPÍTULO III
EMPIEZA EL VIAJE



OS grandes titulares luminosos destacaban en las páginas fluorescentes, gigantescas, de los diarios electrónicos, de los muros de todas las ciudades importantes del mundo, desde Centrópolis hasta Nueva York, Londres y Sydney.

Todos decían, aproximadamente, la misma cosa.

Parecían airearla como un alarde de honestidad que pudiese dar prestigio a la dictadura férrea de Alaro Renzo:

«¡Un hombre cuya sentencia de muerte ha sido aplazada! ¡Las leyes de la Cosmo-Lotery se respetan de forma tajante! ¡Alaro Renzo en persona firma el aplazamiento por un año terrestre de la ejecución del reo por traición, Lucky Lyndon! ¡Un condenado a muerte va a viajar al espacio, convertido en millonario por un año! ¡Ruby Star, la blonda «estrella» de la Telvisión y el estereocine, será su compañera de viaje!»

Así eran todos los titulares. El rostro de Lucky Lyndon, el joven afortunado, aparecía en todas las pantallas de televisión y de foto-radio del mundo. Los «stereo-magazines» aparecían en las pantallas tridimensionales de los «video-news» particulares, con abundancia de fotografías y datos sobre el afortunado poseedor del boleto 39.039.

Y la declaración del afortunado, diciendo de forma tajante:

—La Ley marca que el ganador, aparte la dama famosa y bella que debe acompañarle, como parte del propio premio, puede elegir otro acompañante más en su viaje espacial. Yo he elegido ya, señores.

—Y bien, señor Lyndon —preguntaban los reporteros de noticias retransmitidas por televisión o «video-news»—. ¿Quién es esa persona?

—Aquélla a quien debo precisamente este último viaje de mi vida, este aplazamiento por un año de mi sentencia de muerte. El muchacho que me entregó el boleto ganador… ¡Randy Ball, el vendedor de Cosmo-Lotery!

Así fue. La Ley no podía negarse a eso, Randy Ball fue elegido por Lucky Lyndon, y el servicial muchacho vendedor de Lotería sería su compañero en el vuelo hacia los planetas, formando trío con él y con Ruby Star.

Pero también iban a existir otros compañeros en el vuelo. Compañeros con los que Lucky no contaba. De los que nadie, sino unos pocos, sabían algo, incluso de su existencia y de la naturaleza de su misión…

* * *

—Ya saben lo que han de hacer. No quiero fallos ni errores. El que pierda de vista su objetivo en esta misión será expulsado. Y posiblemente juzgado por negligencia criminal. Están avisados.

Los dos hombres se miraron entre sí. Luego asintieron. Ambos eran rubios, ambos tenían ojos claros, ambos se parecían asombrosamente, como una gota de agua a otra. Eran gemelos o lo parecían. Idénticos de rostro, de figura, de aspecto físico, de edad. Incluso de indumentaria. Ambos llevaban sobre su ropa una insignia del Cuerpo de Policía Militar de Alaro Renzo.

—Sí, señor Tharrant —asintió lentamente uno de ellos—. Sabemos lo que hemos de hacer en todo momento: no perder de vista a ese hombre, vaya adonde vaya, suceda lo que suceda en el itinerario previsto de su viaje espacial. ¿Es eso, señor?

—Justamente eso —aceptó lentamente Tharrant, delegado del Gobierno Renzo—. Es un reo a muerte. Debe ser reintegrado a su cámara, en espera de la ejecución. No puede ser indultado definitivamente, a pesar de lo que pretendan los enemigos del presidente Renzo, a pesar de cuanto intenten los partidarios de todo héroe popular. Lucky Lyndon va a ser desde ahora un personaje muy simpático a las gentes. Pero será ejecutado igualmente, de forma inexcusable. De ustedes, de su estrecha y cuidada vigilancia, dependerá absoluta, totalmente, el éxito de la empresa que significa reintegrar a ese hombre a la Tierra, terminado su viaje, para que la Ley se cumpla inexorablemente.

—Sí, señor —aceptó el gemelo del que hablara antes—. Estaremos siempre cerca de él. Pero ¿qué puede temerse? Hoy en día, con las patrullas espaciales, será difícil que nadie pretenda huir, salvarse a través del espacio sideral…

—Un hombre desesperado que nada tiene que perder, que sabe que sólo la muerte le aguarda al regreso de su viaje de millonario de excepción, es capaz de todo —avisó Tharrant—. Por eso conviene vigilarle. Usted, Sigrid Kowe, cuidará de conducir la nave

espacial en que él viajará con Ruby Star y el muchacho de la lotería. Usted, Inkro Kowe, será el radiotelegrafista y técnico de radar y transmisiones. Aparentemente, un personal civil, todo simpatía hacia Lucky Lyndon.

—Entendido, señor Tharrant.

—Pero en cuanto él intente algo, en cuanto pretenda eludir la justicia de Alaro Renzo… actúen. Arréstenlo, manténgale vigilado… y si fuera absoluta, totalmente preciso… ¡mátenlo! ¿Todo comprendido? Su vida responde de la de Lucky Lyndon, recuerden.

—No será fácil olvidarse de eso —aseguró Sigrid Kowe roncamente—. Todo comprendido, señor…

* * *

Lucky Lyndon contempló como fascinado la figura que se movía hacia él. Sinuosa, espectacular, lenta y solemne. Dueña de sí, dueña de la situación, frente a las cámaras de Cosmo-Visión, frente a una multitud que se congregaba en la Plaza Universal de Centrópolis, capital de los Estados de la Tierra. Miles y miles de almas, congregadas en torno a la alta plataforma circular, de espejeante suelo color naranja, sobre la que el presentador de la televisión y el director general de Cosmo-Lotery iban a disponer el espectacular, deslumbrante acto de inauguración del gran viaje ganado por el nuevo millonario Lucky Lyndon, el hombre que por primera y quizá por última vez en su vida, había ganado el derecho a la fortuna, el mimo inesperado y caprichoso de la Suerte.

Allí estaba Randy Ball, el muchacho sencillo y humilde que diera a Lucky la fortuna. Y, con ella, un año más de vida. Allí también Tharrant, representando al presidente Alaro Renzo. Y allí también, envuelta en un halo de espectacularidad, de una luz propia que iba más allá del deslumbrante foco plateado que lanzaban sobre su figura escultural y soberbia, la rubia, la hermosísima Ruby Star, la figura cumbre de los espectáculos televisados y estereo-visados de todo el globo terrestre.

Un «¡ooooh!» de admiración lanzado por miles de gargantas acogió su aparición pública, teatralmente medida y estudiada. Luego se oyeron grandes aplausos, a los que la rubia hermosura correspondió con flexiones leves de su estrecha cintura, con cimbreos provocativos de sus caderas, con una sonrisa radiante de su boca juvenil, fresca y roja como una flor espléndida.

Luego, el locutor anunció, extendiendo su voz por el juego de altavoces que llevó las palabras hasta el último rincón de Centrópolis:

—¡Señoras y señores, Lucky Lyndon y Ruby Star se encuentran por primera vez! ¡La hermosa, fulgurante «estrella» de nuestra constelación artística, va a unir su esplendor al de los propios astros acompañando a Lucky Lyndon, máxima figura de la Fortuna, en este gran día, en su viaje a los espacios siderales, en su visita a la Luna, a Venus, a Marte, en su vuelo orbital sobre el gigantesco Júpiter y sus eternos gases venenosos, en su arribo a la órbita lejana y remota del anillado mundo de Saturno, a casi mil millones de millas de distancia de nuestro suelo terrestre! ¡El viaje más completo y fabuloso logrado jamás por un hombre! ¡Durante tres meses se estará alejando la nave espacial de nosotros a velocidades ingentes, de más de siete mil millas por minuto, que hacen una media fabulosa de cuatrocientas diecisiete mil millas por hora, hasta obtener un promedio de diez millones de millas diarias! Así, en tres meses, la distancia hasta Saturno será alcanzada por la nave «Olympia» en su vuelo directo hacia esos mundos. Después, un lento regreso a través del espacio significará una triple duración en el vuelo, tardando por tanto nueve meses terrestres en volver. Pero toda esta asombrosa proporción, debido a las ingentes velocidades de la nave, a la proporción del tiempo terrestre con respecto al espacial, suponen una duración de un mes para el viajero… al final del cual volverá Lucky Lyndon, con sus compañeros, del mágico viaje universal que la Lotería del Espacio le ha proporcionado… Para nosotros habrá sido una espera de un año, ciertamente. Pero los viajeros ni siquiera lo podrán advertir. El tiempo, en su pequeña cápsula espacial, será radicalmente distinto, al menos en una proporción física de un cinco a un seis por ciento… Y gracias a ello, naturalmente, Ruby Star accede a ocupar un puesto en dicho viaje, como compañera ideal del ganador de la Lotería, elegida por votación popular entre los hombres de todo el planeta como la mujer más hermosa y admirada de nuestra época.

Alguien entre los presentes en la gran Plaza Universal dijo un comentario jocoso que hizo reír a sus vecinos:

—Me pregunto qué pensaría una mujer, de haber sido la ganadora de ese premio…

Pero las risas aumentaron cuando una respetable matrona, junto a la que parecía encogerse un diminuto y tímido hombrecillo, declaró con voz tonante:

—¿Y qué les parece si mi marido hubiera sido el agraciado? ¿Cómo iba a tolerar una esposa la presencia de esa… de esa vampiresa durante un mes, un año o lo que sea?

El hombrecillo, rodeado de risas estentóreas, tragó saliva,

enrojeciendo, y pareció disminuir cosa de un metro de estatura. Luego, miró con timidez hacia el estrado color naranja y difícilmente contuvo un suspiro. ¡Ah, si él pudiera ser compañero por un solo minuto de una mujer como aquella venus rubia del gran estrado central!

Lucky Lyndon pareció a todo el mundo un hombre feliz. Y muy afortunado. No sólo por el viaje y los dos millones de «créditos», sino porque la hermosa dama del cabello dorado, los ojos verdes y el cuerpo escultural, ceñido por la adherida tela plástica de color verde esmeralda, se había inclinado sobre Lucky Lyndon, sonriéndole, y depositó en sus labios un beso cinematográfico, al tiempo que decía ante los micrófonos con estudiada teatralidad:

—¡Feliz travesía, mi joven y guapo astronauta!

Miles de «flashes», de clisés, de zumbidos de carrete cinematográfico, se dispersaron en aquel momento histórico, mientras Ruby Star, la sensacional, reía y agitaba sus brazos, contoneándose ante su público, con afán de procaz exhibicionismo.

A Lucky, el beso y todo aquello le dejó frío. Era falso, lo sabía. Ruby Star sería una hermosa mujer, pero todo lo hacía como un papel dramático. Fingiendo continuamente para conquistar a sus admiradores. Formaba parte de una farsa publicitaria en torno al viaje. Seguramente lo habría ensayado docenas de veces antes de salir a «actuar» ante el público.

El locutor de TV le entregó dos millones de «créditos», uno en cheques del Estado y otro en moneda de curso legal. Lucky Lyndon lo recogió todo, guardándolo en su maletín de viaje, en medio de grandes ovaciones y de un indefinible hálito colectivo de envidia y de codicia. Tampoco le emocionó demasiado aquella fortuna. Dos millones, con sólo un año de vida por delante, no suponían demasiado.

—Cuando regresen del viaje espacial, Ruby Star empezará el rodaje de diez películas basadas todas en temas interplanetarios, y también presentará en la televisión el «show» titulado «Yo viajé a las estrellas», que patrocinará la gran cadena de radiodifusión televisada Mackey —continuó el locutor ante los micrófonos—. Así, pues, Ruby Star estará un año lejos de nosotros, en nuestra medida del tiempo. Pero después de esa tensa e impaciente espera… amigos, ¡Ruby Star volverá más hermosa, más sensible, inteligente y profunda que nunca! ¡Todos podremos admirarla en las pantallas mundiales y aplaudir su arte y su belleza!

Lucky Lyndon se apartó, irritado. Ruby Star sólo tenía de profundo su descote. Lo demás era algo vacío, superficial y

estúpido. Cabellos rubios y centelleantes, hermosura, física... y publicidad. Ella volvería, sí. Y volvería para situarse de nuevo ante las cámaras, para ofrecer su exuberante poder físico a los hombres, en poses atrevidas y en sonrisas insinuantes. Y él... volvería también. Para terminar en la cámara electrónica. Para morir, en suma, mientras ella y todo un mundo cruel y estúpido continuaba viviendo. No, no debía guardar rencor a la Humanidad. Pero no podía, evitarlo.

Casi sintió deseos de renunciar a todo. Al dinero, a la compañía de la hermosa, al viaje... a la libertad y a la vida. Sería mejor volver a la celda, dejar que lo mataran de una vez. Sin esperas, sin amarguras, sin un plazo fijo para respirar en el Universo.

Pero la suerte le había visitado por una vez. No hubiera sido justo dejarla marchar desairada. Además, mientras aún viviese, existía una esperanza. Muy remota, quizás insignificante, quizá prácticamente inexistente. Pero la había. Sí, la había. Y era preciso luchar por ella. Esperar, confiar... aunque toda, la espera y la confianza terminasen donde debían de terminar: en la cámara electrónica...

Silencioso, pues, asistió al acto final del gran espectáculo público de la Lotería del Espacio. Nada parecía ir con él. Lo presenciaba como un oscuro testigo, simplemente. Apartado, al fondo del estrado. Sintiendo sobre él la mirada fría, despiadada, cuajada de odio, del delegado Tharrant, que también parecía totalmente ajeno a aquella ceremonia espectacular y brillante, que ahora la televisión transmitía con sus imágenes en color a todo el mundo.

Alguien se aproximó a Lucky. Él volvió la cabeza; miró al que se acercaba a él. Le sonrió, cordial.

—Hola, muchacho —dijo—. ¿Feliz?

—Aturdido, señor —suspiró Randy Ball. Miró en torno suyo, con expresión asustada—. Esto... esto es demasiado para mí. Nunca me vi en un lugar así, en una ocasión semejante... ¿Por qué tuvo que elegirme a mí, señor Lyndon?

—En primer lugar, no quiero que me llames señor Lyndon. Para ti, Randy, soy tu amigo Lucky. Eso es todo. En segundo lugar, te elegí porque toda esta fortuna me pertenece hoy gracias a ti, a tu providencial encuentro conmigo, a tu gesto de regalarme aquel billete de la Lotería del Espacio. Lo mereces más que ningún otro. El viaje hubiera podido ser una fascinante aventura de no venir con nosotros esa endiablada mujer, todo publicidad y mentira.

—Oh, pero Ruby Star es hermosa... Muy hermosa —manifestó

con ojos brillantes Randy.

—No hay duda. Con esa belleza han creado un magnífico producto publicitario, más vacío que una pompa de jabón, Randy. Algún día aprenderás una lección importante en esta vida: ni siquiera en las mujeres hay que buscar la verdadera belleza en su exterior, sino lo que exista dentro de ellas. ¿Crees posible que exista algo así en esa figura decorativa?

—Puede existir, señ… Puede existir, Lucky. Sólo que su apariencia misma hace que pase inadvertido. Una mujer hermosa y llamativa puede ser inteligente y sensible, si a eso se refiere…

—Puede serlo, Randy. Pero la verdad, yo jamás conocí a ninguna —respiró hondo, miró de reojo a la hermosa actriz y luego meneó la cabeza, con aspecto pesimista—. No, no creo, sinceramente, que ese bonito maniquí guarde nada oculto dentro de sí.

El tinglado publicitario continuaba. Como siempre, la televisión y el cine continuaban su vida de artificio y de mentira, de «bluff» y de estereotipada sonrisa cara al público, incluso a mediados del siglo XXIV de la Era cristiana. Y el mundo, como siempre también, aceptaba ese dorado engaño con la confiada estupidez de las gentes de todos los tiempos, que saben que les engañan y, sin embargo, les gusta que ello continúe así.

Horas después, precisamente cuando la luna, redonda y amarilla asomara en un cielo azul, salpicado por los diamantes azules y nítidos de los astros, sonaría la hora de la partida del «Olympia» hacia las lejanías siderales.

Lucky Lyndon soñaba con ese momento. Sin publicidad, sin frases altisonantes ni pomposidades humanas. Era hermoso conocer el espacio. Incluso antes de morir. Era, quizá, la gran oportunidad del hombre de subir al encuentro de Dios, un poco antes del supremo momento de la muerte. Era como ir a su vecindad, como acercarse más a Él, para anunciarle humildemente la inminente aproximación eterna, el salto a la oscuridad perenne e infinita…

Y aunque el cielo, las grandes amplitudes cósmicas, ya no eran un arcano ni un lugar inaccesible para el ser humano, que ya llevaba siglos conquistando sus más remotos rincones, intentando vencer a las estrellas lejanas, en aquella carrera vertiginosa contra el espacio y el tiempo… los dos grandes territorios apenas explorados por el hombre en su conquista del futuro.

Él, Lucky Lyndon, el hombre sin fortuna, de nombre afortunado, había alcanzado por vez primera su suerte. Y esa suerte estaba allí, ante él. Esa suerte abría ante él un maravilloso calidoscopio de

novedades, de aventuras, de incógnitas, de posibilidades y emociones fabulosas, más allá del espacio terrestre.

Ese viaje comenzaría en la hora prevista.

El «Olympia» apuntaría hacia su meta. La primera de las etapas del largo viaje por el infinito: la Luna.

* * *

El «Olympia» había partido.

Arrancó de la rampa de despegue del espaciódromo de Centrópolis con vertiginosa velocidad, apuntando hacia los cielos salpicados de estrellas.

Los poderosos reactores vomitaron llamas y humo, en un estallido formidable de energía retropropulsora. La nave partió hacia la Luna. Era como un plateado proyectil disparado hacia un blanco redondo y pálido: la Luna, el satélite natural de la Tierra.

Aquellos viajes se habían hecho antes a base de vuelos hasta las estaciones del espacio, y de allí cubrieron la segunda etapa, hasta la Luna. Ahora era distinto. La gran fuerza propulsora de las naves espaciales, su precisión y su formidable seguridad en la marcha, permitían que los vuelos espaciales, al menos los destinados a la Luna, fuesen directos, de gran estabilidad y precisa orientación en el vacío exterior.

El «Olympia» era una de esas supernaves, especialmente fletada para la gran ocasión por la Sociedad Internacional de Lotería, bajo el patrocinio técnico de la Astronáutica Mundial.

No dejó de observar Lucky la gran semejante entre los dos hombres que controlaban la nave. El piloto y el radiotécnico de a bordo eran gemelos. O lo parecían. Ambos amables, silenciosos, eficientes. Ocupaban la cabina de control y mandos del «Olympia». Después, en otra cabina, tres asientos cómodos, confortables, se destinaban especialmente a los tres viajeros. Cerca de ellos, sobre un tablero, había microbiblioteca, telenoticias y un amplio visor o pantalla de TV exterior, para ir siguiendo el vuelo y sus incidentes sin necesidad de asomarse a mirador alguno. El mágico ojo electrónico bastaba para llevar hasta ellos imagen y color en su natural expresión captada de la realidad misma e impresa sobre la pantalla televisora.

Aquella cabina estaba reservada a los tres viajeros. Era una especie de confortable «living» del espacio. Y todavía, más atrás, un tercer compartimento, subdividido en tres cabinas individuales, con lechos esponjosos, sostenidos en el aire por medio de invisibles columnas magnéticas, servían para alojar a los tres pasajeros. La

cabina de Ruby Star, la deslumbrante rubia del cine y la TV, había sido especialmente dotada para su excepcional ocupante por los servicios publicitarios y por el propio representante y «manager» de la «estrella», Ross Norton.

Ross Norton había despedido a Ruby con gran alarde publicitario en el espaciódromo terrestre de Centrópolis. Besó mil veces a la rubia y famosa actriz, juró con aire apasionado ante las cámaras que, además de «manager» de ella, era su prometido y pronto unirían ambos sus destinos al regreso de aquel viaje al espacio, que para Ruby, además de publicidad, significaba un millón de «créditos», abonados por la Lotería del Espacio, y la oportunidad de emprender un gran vuelo a los rincones cósmicos del sistema solar.

Ross Norton era joven, rubio y arrogante. A Lucky Lyndon le cayó mal, le fue profundamente antipático, nada más verlo. Era elegante, enjuto, afectado y de una calculadora hipocresía bajo su capa de cordialidad.

Pero Ruby parecía adorarle. Le estrechó entre sus brazos antes de volverse hacia Lyndon, sonreírle abiertamente, mientras se disparaban los «flashes», y murmurar:

—Adoro a Ross… pero ¿qué sucederá durante un año en el espacio junto a un hombre tan románticamente sugestivo como Lucky Lyndon y su fatídico destino?

Fue un detalle de mal gusto. Quizás una llamada al patetismo, pero Lucky miró ceñudo a la hermosa rubia. Y cuando las puertas del «Olympia» se cerraron automáticamente y el proyectil partió vertiginoso hacia la negrura infinita de los cielos sin oxígeno, se volvió hacia Ruby Star.

La descubrió reclinada en su asiento de espuma roja, la vista perdida en el aire, como fatigada. Igual que si la Ruby Star del exterior fuese otra muy distinta a la cansada, aburrida mujer que se dejaba caer sobre el asiento, vencida por tanta mentira y tanta burbuja deslumbrante.

—Pudo haberse ahorrado ese último comentario, bella dama —dijo glacialmente Lucky—. Es de pésimo gusto recordarle a un hombre que tiene que morir al regresar.

—No diga tonterías —se irguió ella, entre sorprendida e irritada—. ¿Es que ha acabado por creerse usted mismo toda esta farsa?

—¿Qué farsa? —saltó Lucky con voz seca.

—Eso de la sentencia de muerte y todo lo demás —Ruby soltó una carcajada burlona—. ¡Por Dios, señor Lyndon, ni que fuera realidad esa tontería que se ha escrito! Ambos fingimos, usted y yo.

Es lo que se hace en tales casos, no tiene que seguir la comedia conmigo.

—Usted parece demasiado convencida de que todo el mundo miente y dice lo que no es como su «manager» y usted misma. Pero yo no he mentido jamás. Ni, desgraciadamente, hay nada de falso ni publicitario en eso. Estoy condenado a muerte por conspirar contra el presidente Renzo. Al volver, seré ejecutado sin remisión, ¿lo entiende ahora?

Ella parpadeó, incrédula. Se disponía a replicar, con sarcasmo, cuando Randy Ball intervino con voz ronca:

—Él dice la verdad, señorita Star… Esto es sólo un aplazamiento. Pero el final, será el mismo. Va a ser rico, libre y famoso… sólo por este tiempo. Al volver, le matarán.

Atónita, Ruby Star apretó sus rojos labios, miró a Lucky con estupor. Perdió algo de color, y manifestó con voz vacilante:

—No… no sabía eso. ¡Dios mío!, le aseguro que o no lo sabía… ni siquiera podía imaginarlo…

En torno al «Olympia», la noche era ahora negra, sin ningún matiz azul. Quizás por contraste, el brillo de los astros lejanos, parecía mucho más intenso y más blanco…

CAPÍTULO IV
LUNA DE HIEL



L Mar de la Fecundidad allá, donde se extiende aquella mancha oscura... Aquella otra mancha, de mayor amplitud, es el Mar de la Tranquilidad... Y hacia aquel otro lado, pueden verse los cráteres de los Montes Altai, Catharina y los Albategnius, con el de Ptomoleo, hacia el este...

Junto a la nave, erguidos los viajeros en lo alto de uno de los blancos montículos lunares, siguieron el relato detallado de Sigrid Kowe, piloto del «Olympia», que describía el paisaje en que se hallaban ahora, como pigmeos de extraña cabeza vidriosa en un mundo muerto.

Las suelas magnéticas gravitatorias se adherían al suelo, impidiendo saltos demasiado amplios, en desacuerdo con el peso humano sobre el planeta Tierra, y las escafandras o esféricos cascos de vitroplast, que cubrían sus cabezas, con un sistema respiratorio de aire comprimido, y con un juego de micrófono y emisor-receptor de sonido, para el contacto entre ellos, les lograban adaptar relativamente a las duras condiciones de los hombres en la Luna.

—Hay ciudades algo más lejos del Mar de la Serenidad, en los Alpes de la Luna y el Mar Umbrío —continuó Sigrid—. En una de esas ciudades vamos a hacer un alto, visitaremos sus calles y jardines artificiales, cultivados dentro de campanas de vidrio, herméticamente cerradas, pero he creído preciso que antes de ello vieran la Luna auténtica, la verdadera superficie desolada del satélite de la Tierra, tal y como era todo él, antes de la colonización terrestre, a mediados del Siglo XXI, convirtiendo a la Luna en un mundo habitable, rico en minerales costosos y en yacimientos de materiales nuevos, y otros como el radio, el tungsteno y el uranio, que abundan en este mundo sin aire respirable y sin vegetación.

—Maravilloso —murmuró Ruby Star, que seguía siendo hermosa y fotogénica, con su atavío espacial, de super-plástico rojo, su escafandra, tras la que la belleza de su rostro no se podía enmascarar—. Todo es maravilloso aquí. Es como un mundo de fantasía...

—Sí. Algo así como un decorado de película, señorita Star —manifestó secamente Lucky Lyndon—. ¿Por qué no interpreta un poco su papel de «vam», haciéndose unas fotografías en bañador, con fondo de cráteres lunares? Será un golpe eficaz.

La bella le miró, airada. Sus ojos centellaron, como dos esmeraldas, clavándose en Lucky. Y manifestó glacialmente, a través del receptor interfono de la escafandra de los viajeros del espacio:

—¿Por qué ese sarcasmo ahora, señor Lyndon? Se supone que soy parte del premio de la Lotería del Espacio que le ha correspondido. Mi compañía llenaría de júbilo a millones de hombres. ¿Por qué usted pretende ser distinto a los demás?

—No pretendo ser distinto a nadie. Pero quizás el estar simplemente como invitado especial en la vida, me haga ver las cosas con otra dimensión de la que la estúpida gente aplica para medir los pequeños o grandes acontecimientos humanos.

—¿Eso significa que me desprecia, que le molesta, incluso, mi presencia?

—No he dicho tal cosa.

—Pero la ha dado a entender.

—No creo que me moleste ni llegue a despreciarla —sonrió Lucky—. Pero, ciertamente, usted y los truquitos publicitarios de su Ross Norton, me tienen sin cuidado. Si tiene que hacer este viaje porque así le conviene para su publicidad, y así lo exige la Lotería del Espacio, para su propia popularidad, me parece bien que lo haga. Pero no espere que yo le vaya a servir de patético motivo para un idilio imaginado por su agente y por usted. Usted pertenece a una especie de mujer que es la última en la que yo buscaría a una novia o una esposa… incluso si contara con una vida normal, como todos.

El nuevo impacto verbal de Lucky, hirió a la hermosa rubia, que dio media vuelta, y se alejó en dirección a la nave, con un suave contoneo de su cuerpo escultórico, ceñido por el traje rojo de plástico, sin replicar una sola palabra.

—¿No estuvo demasiado duro con ella, Lucky? —indagó Randy Ball, pensativo.

—Claro que no. Es una chica poco habituada a que le digan las verdades. Por eso se molesta.

—Entiendo —suspiró Sigrid Kowe, el piloto del «Olympia»—. La Luna no puede decirse que resulte de miel para usted. ¿Por qué se amarga así, Lyndon? ¿Es… por el retorno?

—No. Ni siquiera pienso en eso —denegó Lyndon—. Es algo que

no me preocupa. Dejé de esperar nada de la vida, cuando fui sentenciado a morir sin haber cometido delito alguno.

—¿No es delito conspirar contra el presidente, contra la primera autoridad mundial?

—Para mí, no es un delito desear la muerte del hombre que mató a mi padre y a mi tío, del que tiraniza a la Tierra toda. Es, simplemente, tratar de extirpar un tumor, tratar de cortar una epidemia o terminar con un virus maligno.

—Usted piensa así —sonrió Sigrid Kowe—. ¿Pero qué pensará el presidente? Y él es el que tiene el poder, la fuerza...

—Claro, Sigrid —Lucky le miró con frialdad—. Por eso siempre gana él. Pero algún día, surgirá otro más fuerte, con mayor poder. Y ese día, los muertos seremos vengados. Ese día, la Justicia volverá a la Tierra, y la palabra Dios significará algo que los hombres han olvidado ya, a fuerza de latigazos sobre sus espaldas y sus corazones. ¿O usted no piensa así?

—¿Y qué importa lo que yo piense? —Sigrid Kowe se encogió de hombros—. No entro ni salgo en la cuestión, Lyndon. Soy solamente su piloto...

—Me gustaría distinguir a su hermano de usted —dijo Lucky, sonriendo—. Son idénticos. Y nunca sé cuándo hablo con uno o con otro.

—Sin embargo, en nuestro interior somos muy distintos —habló Kowe lentamente.

—¿En qué? ¿En moral, en política, en inteligencia...?

—Creo que en todo —Sigrid Kowe miró fijamente a Lucky—. Yo soy leal, Lyndon. Leal a mis convicciones, esté acertado en ellas o no. Nunca cometería una traición con el que confía en mí.

—¿Y su hermano?

—¿Inkro? Me gustaría estar igualmente seguro de él. Pero jamás pude estarlo. Ignoro lo que llegaría a hacer en la vida... si existiera una razón lo bastante fuerte para hacerle vacilar de sus convicciones... —respiró con fuerza. Miró en torno suyo, al desolado blanco de la superficie lunar, muerta y fría—. Bien, creo que no es tarea mía hablar de mis problemas. Cobro de la Lotería del Espacio por hacer este viaje con el hombre premiado. Usted manda, Lyndon. ¿Prefiere quedarse en la Luna unas horas... o continuamos viaje hacia Venus y Marte?

—Es igual —Lucky se encogió de hombros, sombrío—. En realidad, todo me es igual en esta travesía espacial. No alimento ilusiones ni tengo anhelos por satisfacer. Soy rico, soy libre, tengo ante mí un viaje prodigioso. Pero ¿acaso no daría eso... sólo por

seguir viviendo, por continuar respirando hasta que fuese Dios mismo, y no la voluntad maldita de Alaro Renzo, quien me llamase a Su lado?

Sigrid Kowe inclinó la cabeza, se encogió de hombros, iniciando el regreso a la astronave, esbelta y plateada, que se alzaba orgullosa en la blanca planicie cuajada de cráteres, con su proa aguda apuntando al cielo, más allá de la propia Luna, más allá de los astros. Lyndon y Randy Ball le siguieron.

—En eso, lamento no poder decirle nada, Lyndon —habló Sigrid, el piloto—. Lo lamento de veras, pero mi misión consiste solamente en tripular la nave, en dirigirla por los espacios... No puedo tripular las vidas ajenas, ni dirigir sus destinos...

* * *

—Joyas, recuerdos, libros... —con un gesto brusco, Lucky Lyndon tiró todo ello sobre una estantería de la nave. Allí, nada podía flotar en el aire, como en las primitivas naves del espacio, alejadas de toda fuerza de gravedad. Una gravitación artificial evitaba esa posibilidad—. ¿Para qué? Todo eso... ¿para qué?

—Vamos, cálmese, Lucky —pidió Randy Ball, acercándose a su asiento y apoyando en su brazo una mano firme—. Ha elegido este viaje, sus etapas, el servicio que durante este tiempo puede proporcionarle su dinero, su actual fortuna...

—¡Sí, sí! —rugió Lucky—. ¿Y para qué? Todo eso... ¿para qué, maldita sea? ¡Moriré igualmente, al volver!

—Todos tenemos que morir —sentenció Randy, con admirable serenidad—. Aunque entiendo lo que usted piensa. ¡Morir demasiado joven, morir sin tiempo apenas para disfrutar de la única suerte que tuvo en su vida, es una prueba excesivamente dura! Pero domínese. Domínese. Y piense, en su presente, en su momento actual... Olvide el futuro. Olvídelo mientras ello sea posible...

Lucky salió, dirigiéndose a la cabina de controles. En su mesa de radio-radar y televisión, Inkro Kowe manipulaba, llevando el mando radio-electrónico de la nave, que su hermano gemelo Sigrid controlaba en el asiento delantero, frente al amplio visor frontal.

—¿Nervioso, Lyndon? —preguntó Inkro con una sonrisa.

—Un poco —admitió Lucky. Miró a ambos y preguntó roncamente—: Ustedes controlan esta nave, ¿no es cierto?

—Bueno, se supone que sí —rió Sigrid, mirándole con las cejas enarcadas por la sorpresa—. ¿Adónde va a parar?

—A esto: doy mi fortuna por huir, por no volver jamás a la Tierra. Dos millones de «créditos», por escapar definitivamente a la

Ley del presidente Renzo.

—Es imposible —denegó Sigrid—. ¿Adónde iría?

—No lo sé. Ustedes pueden elegir mejor. A cualquier parte donde nadie me hallase.

—Ese lugar no existe —denegó a su vez Inkro—. Adonde vayamos, puede ir una nave terrestre, pasado el tiempo de espera. ¿Resolveríamos algo con ello?

—¡Tiene que haber un sitio ahí! —la mano trémula de Lucky señaló hacia la negrura salpicada de cuerpos luminosos—. ¡Tiene que existir un planeta, un rincón lejano donde nadie me encuentre, donde pueda seguir viviendo!

—Allí llegarían las patrullas del presidente —sentenció Sigrid—. ¿Es que no lo comprende?

—¡No, no lo comprendo! ¡Sé que existen naves ultra-lumínicas! ¡Naves capaces de ir más allá de lo conocido! ¡Y ese mecanismo de velocidad super-luminosa se está aplicando a las naves normales! El «Olympia»... ¡el «Olympia» puede tener un mecanismo así!

—No lo tiene —negó Sigrid—. Pero si lo tuviese, ¿de qué serviría? También las naves del presidente lo tendrán. También podrían seguirle adonde fuese. Y encontrarle.

—No, no sería tan fácil —negó firmemente Lucky Lyndon—. Más allá de la luz... ¿es posible seguir a alguien, saber adónde fue, a través de distancias enormes, fabulosas, incalculables? Un fallo en la dirección, en el rumbo... significa millones y millones de millas... ¡Nadie me hallaría entonces!

—Nadie ha viajado más allá de lo conocido, nadie ha intentado todavía utilizar para un vuelo normal la velocidad super-lumínica, que le distanciaría millones de millas del mundo, sin seguridad de retorno —denegó Sigrid—. Se ha logrado alcanzar esa velocidad, pero no se quiere aplicar a las naves ordinarias, por miedo a las consecuencias. Hasta hoy, solamente las naves radio-tripuladas se lanzaron por ese sistema. Muchas, escaparon al control desde tierra. Otras, siguen viajando, y sus distancias ya son realmente incalculables, algo fuera de la mente humana y de su concepto del espacio. ¿Comprende ahora, Lyndon? Utilizar esa nueva energía... significa también morir.

—Aun en ese caso... no perdería nada —sostuvo Lucky firmemente—. Y valdría la pena intentarlo.

—Lo siento. No podemos ayudarle. Pero aunque ello fuera posible... ¿por qué íbamos nosotros a correr un riesgo así?

—Por dos millones de «créditos».

—Pierde el tiempo, Lyndon. Continúe el viaje que la Lotería le

ha concedido. Y no pretenda ir más allá. Está vedado. Créame, Lyndon. Es mejor así. No trate de continuar sobornándonos.

Lucky, furioso, regresó a la cabina posterior, la cruzó con paso rápido, y desapareció violentamente en su cabina de descanso, cerrando la hoja metálica deslizante. Randy y la hermosa Ruby Star se miraron.

—¿Qué le sucede a su amigo? —preguntó ella—. Parece odiar a todo el mundo, estar irritado, despreciar a las gentes…

—No lo crea —denegó el joven—. Lucky Lyndon pasa por una singular y terrible experiencia. Nunca tuvo suerte. Ahora, la primera vez que la ha tenido, no sé si realmente es la clase de suerte que puede hacer feliz a un hombre. Está libre, disfruta de un viaje excepcional, con una fortuna encima y una hermosa mujer al lado. Cualquier hombre se sentiría feliz, señorita Star. Pero él… no es un hombre cualquiera.

—Sí, él va a morir. Lo sé. Está condenado. Pero sabía ya eso cuando eligió este vuelo. ¿Por qué no renunció a su fortuna y afrontó lo que, de un modo u otro, tiene que llegar?

—Era una posibilidad. Y una esperanza. Creo que por eso aceptó la suerte. Ahora se da cuenta de que no ha resuelto nada. Tiene miedo. Empieza a vivir, a saber lo que es ser rico, joven, libre. Y no quiere morir. Es humano.

—Sí, muy humano… —ella respiró hondo. Ya no parecía tan superficial como en las publicitarias exhibiciones de la Tierra. Entornó los ojos, añadiendo—: Si al menos pudiéramos hacer algo por él… Pero supongo que será inútil. Nadie puede ayudarle.

—Es lo que creo. Ni siquiera la atracción de una mujer puede arrancarle de sus obsesiones. Creo que por eso es tan duro con usted.

Ruby Star miró al muchacho, y asintió lentamente. Luego, su mirada se fijó en las imágenes exteriores que el visor traía hasta ellos. La luna, redonda y pálida, se perdía en la distancia, a sus espaldas. Ahora enfilaban hacia el planeta pantanoso: Venus. Sesenta y siete millones de millas, que el «Olympia» recorría fácilmente, con su poderosa marcha. Una etapa más en aquel viaje maravilloso. Un viaje que para un hombre, más que una liberación, comenzaba a ser una pesadilla.

Una pesadilla que se prolongaría durante el tiempo que durase aquella travesía a través de los diversos mundos del sistema solar, para terminar de nuevo en la Tierra, donde la vida de su «afortunado» viajero llegaría a su fin…

—Siempre soñé con un viaje así —suspiró Ruby lentamente—.

Me parecía que era la evasión ideal a todos nuestros grandes problemas humanos. Ahora veo que esos problemas van con nosotros mismos, nos siguen adonde quiera que vayamos. No podemos dejarlos atrás, como dejamos todos esos mundos que vamos a recorrer…

CAPÍTULO V
VENUS Y SUS PELIGROS



L manto blanco, denso, impenetrable, que formaba la envoltura gaseosa del planeta Venus quedó atrás, a la popa del «Olympia». Lo que durante siglos fuera un enigma indescifrable se hallaba ahora ante ellos. Conocido ya por el hombre, dominado incluso por éste. El planeta Venus, oculto siempre bajo su amazacotada atmósfera, que, como una polvareda formidable, escondía su superficie a los ojos de cualquier observador espacial, que vivía encerrado en su propio caparazón de nubes blancas y espesas, sin que nadie pudiera ver, desde su superficie, el cielo ni los astros vecinos, ya no era incógnita para nadie.

Los primeros viajeros del espacio habían llegado a Venus, habían rasgado sus nubarrones atmosféricos con las proas afiladas de sus astronaves, y habían llegado a instalar, entre zonas de extensa vegetación, pantanos y junglas sin fin, las primeras colonias terrestres en otros mundos.

En aquel planeta de dimensiones y gravedad parecidas a las terrestres, de aire cargado de dióxido de carbono, de gases dañinos para el ser humano, que obligaban a éste a moverse por su superficie con trajes espaciales y escafandras de vitroplast, con depósitos de oxígeno, los humanos se situaron como en una avanzadilla del espacio. Dos grandes ciudades, envueltas en campanas plásticas de gigantescas dimensiones, se alzaban ya en Venus: eran Geo-Prima y Geo-Segunda, las dos ciudades que formaban en realidad la auténtica colonia organizada de la Tierra, un destacamento científico y técnico, que exploraba las condiciones de la vida venusina, que cultivaba grandes zonas de algas, para obtener así oxígeno, que estudiaba la vida animal de Venus, muy similar a la de los períodos prehistóricos de la Tierra, aunque con total ausencia, hasta entonces, de seres de apariencia inteligente o humana.

Hacia allí se dirigía ahora la nave, que fue absorbida inmediatamente por las ondas magnéticas de las estaciones-control, para atraerla a sus espaciódromos interiores, a los que llegó el

«Olympia» a través de las compuertas que, súbitamente, dejó el vitroplast abiertas en su hemisfera vidriosa, siendo así imposible un extravío, siempre peligroso, en los grandes pantanos y selvas de aquel mundo en formación.

Era su segunda etapa en el vuelo que ganara Lucky Lyndon en la Lotería del Espacio. La visita a Venus, el vecino de la Tierra, el planeta de las brumas misteriosas, el mundo que aún vivía su prehistoria, interrumpida bruscamente por la llegada de los astronautas de la Tierra que crearon en aquel planeta pantanoso una civilización extranjera, que canalizaría las fortunas naturales del planeta, como una fuente de riqueza para los humanos.

Estaban en Geo-Prima, donde pasarían dos días venusinos antes de reemprender la marcha hacia Marte. La etapa, prevista por el programa del viaje, les reservaría pocas emociones. O al menos eso era lo que pensaban ellos.

Pero las sorpresas de aquel viaje espacial, ganado en un sorteo, en un inesperado golpe de fortuna, iban a comenzar precisamente en Venus.

* * *

—Cuando llegamos a Venus esto parecía la Edad de Piedra de la Tierra —explicaba amablemente el delegado de Astronáutica en Geo-Prima, avanzando por entre las grandes vitrinas irrompibles, donde, se hallaban los ejemplares asombrosos de la fauna venusina —. Sólo faltaban seres humanos, a semejanza de los primitivos terrestres. Pero pronto comprendimos que en Venus no existía vida inteligente. Y sí tan sólo animales prehistóricos, auténticos saurios de las eras antediluvianas de nuestro mundo, o cosa parecida. Vean. Ejemplares como ésos todavía deambulan por los pantanos de Venus en busca de otros animales inferiores, de los que se nutren.

Ruby Star se estremeció instintivamente, encogiéndose ante la horrible presencia de aquellos ejemplares ciclópeos, que les contemplaban con malignidad desde el otro lado de los muros de vitroplast blindado.

El gigantesco Zoo de Geo-Prima en Venus era uno de los lugares obligados de visita dentro del programa turístico del vuelo espacial. Reporteros especiales de la Agencia de Noticias Trans-Planetaria, quizá delegados por orden del inevitable Ross Norton, cuidaban de captar las posturas publicitarias de la bella Ruby, en especial con las jaulas de vidrio y sus temibles ocupantes como fondo de vivo contraste.

—¡Dios mío, qué monstruos! —jadeó Ruby, eludiendo la mirada

de unas grandes pupilas redondas, vidriosas, de un verde bilioso, que brillaban en una escamosa cara de reptil enorme, que la estudiaban con curiosidad malévola—. ¡Resultaría espantoso verse ante un animal así al aire libre!

—No debe preocuparse, señorita Star —sonrió el delegado de Astronáutica—. Jamás podrá suceder eso. Los animales del Zoo están a buen recaudo. Y los que andan sueltos por Venus, muy lejos de nuestras colonias. Hay barreras magnéticas que impiden su aproximación. Viva en paz. Si alguna vez se ve con uno, será de plástico, y formará parte de un truco de sus películas. Pero éstos se quedarán aquí para tranquilidad de todos.

Ruby sonrió débilmente, dejando deslizar su mirada sobre los muros transparentes, tras los cuales se agitaban, divididos en compartimientos a su medida, enormes saurios rojizos, serpientes de escamas plateadas y aletas membranosas, como cortas alas en constante movimiento. Más allá, pterodáctilos extraños, de chata faz y boca dentada, orugas carnívoras de ingente tamaño, verdosa epidermis blanduzca, velluda, de un vello casi vegetal, como una transición entre plantas y animales: una evolución de las especies vivas en aquel mundo aún en formación.

Lucky Lyndon y Randy Ball iban detrás de la hermosa muchacha. Y algo más lejos, con otros curiosos, mezclados al final de la comitiva, estaban los dos hermanos Kowe.

—Jamás creí que fueran tan horribles esos monstruos —declaró Lucky Lyndon, estudiando con interés a los animales. Se detuvo frente a uno de ellos, un saurio color púrpura, de lomo erizado de agudas aristas, boca dentada como las tenazas de un crustáceo y perversa, repugnante mirada que nacía en unos ojos alargados, de un verde lívido, veteado de gris—. Y su volumen… Podrían aplastarnos con sus zarpas si estuvieran fuera de esas jaulas.

—Pero no pueden salir. Existe un sistema de seguridad, y la materia plástica es irrompible —sonrió el delegado de Astronáutica —. No hay nada que temer. Pero ciertamente si ese monstruo lograra salir de ahí… sería cosa de compartir sus temores, Lyndon. Podría provocar un desastre terrible. Aunque, naturalmente, también existen sistemas de protección para casos extremos, no previstos como probables, pero que caben en lo posible. Mire allí. Aquellos dos cañones plateados de la entrada al Zoo pueden disparar cargas desintegrantes de alto poder de concentración, capaces de disolver en segundos una mole como la de estos monstruos.

—Será mejor que nunca haga falta manejar esos cañones —

suspiró Lucky, estremeciéndose—. Me pregunto si, en caso de suceder, alguien tendría la suficiente serenidad como para saber lo que sería preciso hacer contra esos monstruos, cómo disparar esos cañones desintegrantes...

—No hace falta que nadie conserve su ánimo hasta ese punto —el empleado de Astronáutica se encogió de hombros—. Los cañones, por un sistema de células sensibles, dispararían automáticamente nada más sentirse en libertad uno de esos monstruos, tras, apuntar por sí solos al animal, donde éste se hallara.

—Bueno, al parecer es cierto eso de que en Venus todo está previsto —rió Randy Ball, al lado de Lucky.

Continuó la marcha del grupo por entre las grandes cajas de vitroplast que encerraban a los componentes del pavoroso Zoo. Los reporteros pidieron a Ruby que se dejara fotografiar en una pose provocativa ante el monstruo color púrpura, el dinosaurio venusino que había llamado la atención de Lucky. El animal se rebullía, furioso, dentro de su encierro, arañando las paredes, con su mirada repugnante clavada en Ruby. La joven «estrella» dominó su aversión y temor al animal, situándose ante su jaula en una de sus típicas posturas procaces. Era un desafío de la hermosa rubia a la fauna de Venus.

—¡Esta fotografía causará sensación en la Tierra! —exclamó un reportero—. ¡Va a ser algo fuera de lo corriente, señorita Star! ¡Espere, haremos otras dos poses!

Lucky y los demás siguieron adelante, dejando atrás a Ruby y a los periodistas de Venus. Después fue el grito agudo, escalofriante, el que les hizo girar la cabeza, alarmados.

Inmediatamente captaron un crujido seco, impresionante... y vieron saltar en pedazos, bajo la presión de las zarpas del monstruo purpúreo, el muro de plástico blindado, tan frágil y quebradizo ahora como si fuese una cáscara de huevo.

—¡Dios mío! —aulló Lucky, perdiendo el color—. ¡No es posible!...

Un clamor de angustia, un movimiento de fuga aterrorizada dominó a los visitantes del Zoo. Todos se alejaron a la carrera, dejando solo a Lucky Lyndon, que se quedó contemplando la espeluznante escena que tenía lugar ante él.

¡El monstruo había destrozado su encierro y avanzaba como un alud hambriento, colosal, sobre la aterrorizada Ruby Star, caída en el suelo y abandonada por los reporteros!

—¡Atrás! ¡Atrás, Lyndon! —gritó el funcionario de Astronáutica, ya lejos de él—. ¡Vamos, venga con nosotros! ¡Los cañones se

cuidarán de ese monstruo!

Lucky Lyndon, como fascinado, contempló los cañones de plata, vio a Ruby incorporándose apuradamente, tratando de huir de la proximidad del monstruo, en una carrera inútil, mientras el animal parecía acecharla, estudiarla previamente, antes de saltar sobre ella para engullirla.

¡Los cañones no se movían! ¡Ni siquiera apuntaban al monstruo, ni tenían intención de disparar!

* * *

Nadie entendía lo que había sucedido en el Zoo de Venus. Y Lyndon menos que nadie. Pero algo había de cierto: el desastre se había presentado y las medidas de seguridad no funcionaban.

Ruby había logrado cubrir un trecho más en su desesperada fuga. Pero no pudo ir demasiado lejos. Con rostro lívido, contraído, bajo los cabellos rubios, súbitamente desordenados sobre su faz, gritó de nuevo agudamente con una voz agónica.

Lucky echó, a correr, sin saber concretamente lo que hacía. En vez de huir del monstruo de color púrpura que se cernía ya sobre Ruby, corrió hacia él, buscando el encuentro con el fabuloso animal venusino.

—¡No, no haga eso! —rugió el delegado de Astronáutica en un vano empeño por detenerle—. ¡No, Lyndon!... ¡Le destrozará!

Randy, que captó la intención de Lucky, saltó también en pos de él para impedir que cometiese una locura, con riesgo de su propia vida en el empeño. Pero no podía llegar a tiempo de evitar que Lucky Lyndon alcanzase ya al monstruo, cuya maligna mirada verdosa se clavó en él con feroz extrañeza. Su pata escamosa se alzó, y sus dientes, afilados y triangulares como dos inmensas sierras curvas, chirriaron al mover las mandíbulas titánicas, como si ya imaginara al pigmeo entre ellas.

Pero Lucky Lyndon, que ahora se hallaba entre el monstruo y la caída Ruby Star, no permaneció allí a la espera del vacilante monstruo, a quien sin duda el encierro había provocado un aturdimiento que fue providencial para Lucky en aquella ocasión.

Lyndon logró recorrer, en largas, vertiginosas zancadas, el trecho que le separaba de los dos cañones plateados, inmóviles y sin acción alguna por el momento.

Lucky los alcanzó. Saltó sobre el más cercano. No se movían aquellos cañones. Observó que sus células fotoeléctricas de acción automática estaban arrancadas, como si algo o alguien las hubiese desconectado previamente, para que los cañones no funcionasen.

Pero ahora era distinto. La mano del hombre había suplido al fallido mecanismo autónomo. Fueron las manos firmes, enérgicas, de Lucky Lyndon las que hicieron girar el tubo plateado hacia el enorme corpachón del monstruo púrpura, que ya se movía para abatirse sobre la infortunada Ruby, totalmente indefensa ante el colosal saurio de Venus. Ya sus hermosos ojos verdes se habían cerrado para no ver la horrenda faz de aquella muerte de pesadilla.

Lucky Lyndon no conocía aquellos cañones ni su funcionamiento. Todo era un puro juego de azar, un intento desesperado por lograr algo, por evitar que una mujer cayera entre las fauces atroces del coloso.

Y por una vez más la suerte estuvo junto a Lucky Lyndon. Quizás ella guio sus movimientos, su desesperada intentona con un arma que le era extraña, que manejaba por vez primera, y de la que quizás esperaba demasiado.

Cuando el cañón estuvo bien centrado presionó un resorte donde aparecía impreso un disco rojo. Era pura intuición. Y la intuición resultó.

Un formidable estallido sacudió el Zoo. Un chorro cárdeno de luz brotó del cañón plateado, alcanzó al terrorífico monstruo en pleno vientre y sus fauces dejaron de acercarse a la bella Ruby para distenderse y emitir un aullido horrible y ensordecedor. Lucky disparó de nuevo, mientras las escamas del vientre del saurio se diluían, igual que sus pies, y aparecía la masa fofa, repugnante y gigantesca de sus entrañas, humeando como si hubiera en ellas toneladas de ácido sulfúrico.

El segundo disparo alcanzó en plena boca al monstruo. La carga cárdena estalló dentro de sus mandíbulas, despedazó su larga lengua viscosa, quebró sus dientes y huesos con crujiente estallido.

Ruby Star, encogida sobre sí misma en el suelo del Zoo, abrió lentamente los ojos al oír los aullidos espeluznantes del animal. Le vio medio disuelto, revolcándose en tierra frente a ella, desintegrándose por el efecto brutal de los impactos corrosivos.

Miró hacia los cañones, donde uno de ellos humeaba, tras su doble disparo. Vio a Lucky Lyndon detrás del arma, pendiente de lo que pudiera suceder, por si era preciso repetir nuevamente el disparo.

Dentro de sus vitrinas del Zoo los animales gigantescos de la fauna de Venus se agitaban, convulsos, inquietos. Sus ojos se fijaban con estupefacción o algo muy parecido en el cuerpo del compañero que se disolvía bajo los impactos corrosivos disparados por Lucky Lyndon.

Después, Randy Ball logró llegar junto a Ruby, tomarla en brazos y apartarla de allí, donde ahora se desintegraban los últimos tejidos del monstruo aniquilado.

* * *

—Nadie se lo explica. ¿Cómo pudo suceder esto? Los muros de vitroplast son blindados, irrompibles... Y, sin embargo, se descascarillaron, se abrieron como una cáscara de huevo. Luego, los cañones fallaron... ¡Es incomprensible, es un absurdo!

—Eso no aclara nada —cortó fríamente Lucky Lyndon—. Lo que quiero saber es cómo pudo suceder. Ustedes aseguraban que toda clase de precauciones estaban tomadas. Y sin embargo pudo suceder algo espantoso hoy. No sólo Ruby Star hubiera muerto. Con ese animal suelto, ¿qué hubiera sido de la ciudad, cuántas vidas hubieran caído antes de hallar un medio de destruirle?

El delegado de Astronáutica, el gobernador de Geo-Prima y los demás presentes en la sala del palacio gubernativo de la colonia terrestre de Venus, se miraron entre sí, inquietos y nerviosos. Estaban muy pálidos todavía, como si el recuerdo del espantoso suceso de aquel día aún estuviese flotando en el ambiente.

—Se está investigando lo que pudo averiar el mecanismo automático de esos dos cañones de emergencia —explicó el delegado con apuros—. Por otro lado, los químicos han tomado fragmentos del vitroplast que se rompió como papel en busca de la razón de esa fragilidad inexplicable.

—Todo ha sido inconcebible y absurdo, señores —sostuvo el gobernador—. Algo que nadie puede imaginar por qué tuvo que suceder. Ya no podemos hacer nada por lo que ha pasado... salvo investigar y saber «por qué» sucedió.

—Me siento tan intrigada como ustedes —declaró secamente Ruby Star, que continuaba impresionada, nerviosa, alterada por la terrible aventura vivida, tan cerca de la muerte—. Es raro que ocurra un accidente de esa naturaleza. Pero más raro resulta todavía que el accidente sea por duplicado y ambas cosas anómalas suceden a la vez.

—Señorita Star, le juro que será la primera en saberlo —respondió el delegado—. En cuanto tengamos un informe concreto será informada a su vez, ya que fue la persona que más peligro corrió, la que pudo haber pagado en primer lugar, al precio de su vida, el lamentable fallo habido en los dispositivos del zoo venusino.

—Y que pude salvar gracias a la intervención providencial de un

solo hombre —señaló a Lucky Lyndon—. Él me libró de morir cuando ya nadie podía hacerlo.

—Sí, le debemos mucho al señor Lyndon —aceptó gravemente el gobernador de Geo-Prima—. Soy el primero en lamentar que no pueda yo, personalmente, obtener su indulto, basándome en su acto heroico de hoy. Pero ello resulta más difícil de lo que ustedes suponen. El presidente Renzo no indulta a sus enemigos políticos o personales... jamás.

—No he pedido clemencia tampoco, señor —replicó Lucky secamente—. No lo haría por nada del mundo. Además de ser inútil, sería humillante. Tampoco pretendo ser un héroe para tener más derecho a ese privilegio. La verdad es que lo que me importaba en primer lugar era salvar la vida de Ruby Star. Luego, la de los demás. La mía... dejó de contar hace mucho tiempo. Soy como un muerto que viaja por los espacios. Creí que el vacío, el Cosmos, era lo bastante grande como para huir, para ir a alguna parte donde no fuese la muerte en pos de mí. Estaba equivocado. Ese lugar no existe. En ninguna parte del Universo.

Hubo un silencio. Luego, una puerta se abrió. Un hombre se aproximó al gobernador de Geo-Prima y le entregó un sobre lacrado. El gobernador lo aceptó con una sonrisa grave. El portador salió, cerrando de nuevo. En la quietud de la sala solamente se oyó el ruido de los dedos al rasgar el papel lacrado. Extrajo dos pliegos escritos. Los leyó. Frunció el ceño. Apretó los labios, mordiéndose el superior pensativamente.

Lucky Lyndon, intrigado, observó que una leve, palidez se extendía sobre su rostro. Por fin carraspeó, y alzando la cabeza miró a los presentes todos, manifestando con tono grave:

—Señores, en mi poder obran los datos del laboratorio. Voy a darles cuenta extractada del contenido de ambos. Respecto a la avería en los cañones, dice tajantemente que una substancia vegetal, algo parecido al moho o a un musgo sutil, se adhirió inexplicablemente a las células fotoeléctricas, hasta inmovilizarlas y hacerlas inútiles. En lo que se refiere al vitroplast blindado, algo lo hizo quebradizo, frágil como escayola o chocolate. Y ese algo, según otro laboratorio completamente ajeno al del primer informe... fue una humedad corrosiva, generada por unos corpúsculos o lunares de moho. Según ambos laboratorios, «un moho que jamás se produjo antes en Venus ni existe en la naturaleza húmeda de este planeta». Dicen aquí que guardaron en cápsulas herméticas, aisladas al calor y el frío, y al contacto con el oxígeno artificial de Geo-Prima, varias de esas placas mohosas de microscópico tamaño, para

analizarlas inmediatamente.

—¿Y qué ha resultado de ello? —indagó el delegado de Astronáutica, preocupado.

—Nada.

—¿Nada? No comprendo…

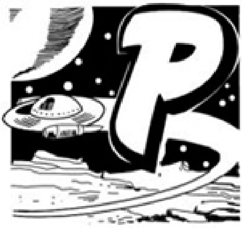
—No pudo resultar nada… porque cuando fueron a analizarlos, los corpúsculos habían desaparecido sin dejar el menor rastro. Y para ello hicieron quebradizo su encierro de vitroplast hasta que «algo» lo rompió y se evaporaron totalmente.

—¡Cielos! —masculló Lucky Lyndon—. Eso parece imposible. Para una cosa así, ese moho… tendría que poseer vida. Y, lo que es más absurdo, inteligencia.

—Sí —asintió el gobernador, mirándole fijamente—. Es justamente lo que aquí exponen mis científicos, señor Lyndon. Puede ser un moho vivo e inteligente. Una forma de vida vegetal, desconocida hasta ahora. Recientemente en Venus ha habido diversos accidentes y catástrofes por averías de materiales y sistemas electrónicos. Se empieza a temer que ese moho… o lo que sea… es el culpable principal de todo.

Un silenció de estupefacción y angustiada sorpresa siguió a esa revelación del gobernador de la colonia terrestre en Venus.

CAPÍTULO VI
MARTE



ARECE que todavía dura la sorpresa.

Lucky Lyndon se volvió. Miró a Ruby Star, que le sonreía desde su asiento. Habló, sin su hostilidad habitual.

—Es para estar preocupado, señorita Star —declaró—. Una materia vegetal, húmeda, casi inapreciable… que surge, se adhiere, se aferra a los cuerpos mecánicos o a los materiales de construcción… y los pudre y transforma en su estructura molecular… Resulta un peligro escalofriante para los seres vivientes. En especial para los humanos… y para su obra.

—¿Por qué se preocupa por eso? Usted no tiene nada que agradecer a nadie…

—Se equivoca. Agradezco mucho a Dios. Absolutamente todo es para agradecérselo a Él. Y toda la Creación puede peligrar si ese moho viaja y se extiende por los espacios… Venus puede ser el primer lugar atacado. Y de Venus volar por el vacío hacia otros planetas. Su virus puede ser tan diminuto, tan invisible… que nosotros mismos lo traslademos, que se adhiera a nuestras naves y las destruya, o que espere a actuar destructoramente una vez en la Tierra, en Marte o en cualquier otro lugar.

Ruby Star no dijo nada por el momento. Asintió, inclinando la cabeza. La nave espacial hendía los cielos por entre millones de luces remotas, estelares. Venus ya quedaba atrás, con sus monstruos ciclópeos, sus extensiones pantanosas, sus líquenes y sus junglas enfermizas, propias de un mundo en formación.

Randy Ball, asomado al visor externo, dijo con un suspiro, en el silencio de la cámara posterior del «Olympia»:

—Ya se distingue Marte. Es rojo, muy rojo. Y los canales parecen más definidos que en los mapas celestes y en las fotografías telescópicas.

—No me atrae visitarlo —suspiró Lucky—. Es una etapa más de este maldito viaje que empiezo a detestar…

—¿Por qué no trata de huir, Lyndon? —intervino Ruby Star impulsivamente, clavando en él sus centelleantes ojos verdes.

—No es posible. Ya lo intenté. He ofrecido mis dos millones de «créditos», a esos hombres, Sigrid e Inkro Kowe. No aceptaron.

—Creo que son dos hombres elegidos por el presidente Renzo para vigilarle —intervino Randy, ceñudo.

—Posiblemente lo sean. Pero de todos modos tienen razón. No hay adonde ir. Solamente con un vehículo ultralumínico. Pero es algo que aún está en experimentación. No se puede contar con ello.

—¿De modo que se resigna? —insistió Ruby Star.

—No hay otro camino, señorita Star. Debo resignarme.

—¿Por qué me llama así? Somos compañeros en este viaje —le sonrió dulcemente ella—. Usted me tuvo antipatía desde un principio, pero luego ha salvado mi vida, arriesgando la suya por mí. No me importan las razones que tuviera para ello. Lo realmente importante es que lo hizo y le debo la vida. Seamos amigos, Lucky. Seamos camaradas.

—De acuerdo —suspiró Lucky, inclinando la cabeza y tendiendo su mano a la hermosa rubia—. Perdone si he sido injusto con usted. Parece una buena chica, pero yo soy un tipo raro ahora. Detesto todo lo que me rodea? Creo que esto es peor que morir.

—No diga eso. Yo tuve mi parte de culpa en esa antipatía. Me presenté a usted tal y como todos quieren que sea. Así gano dinero, así tengo público y admiradores. Y debo aparentar que soy simplemente una mujer con un físico espectacular y nada de cerebro. Interpreto mi papel, Lucky. Y a veces resulta tan duro como poner buena cara a la gente... sabiendo que la cámara electrónica espera. Perdone mi franqueza.

—Claro que la perdono —Lyndon sonrió—. Me gusta más así, Ruby. Quizá siendo amigos, buenos amigos, todo resulte más fácil... y menos amargo.

—Trataré de que este viaje sea mejor para usted. A fin de cuentas, es mi misión como parte del premio de esta lotería. Pero de todos modos, no olvidaré nunca que tengo una gran deuda con usted: la de mi propia vida.

—Debe olvidarlo. Era una lógica acción en defensa de un semejante.

—Ya lo comprendo. Pero ese semejante era yo. Sé que a cualquier otro le hubiera salvado igualmente. Sin embargo, no puedo evitar el agradecérselo con toda mi alma. Porque el hecho cierto, indiscutible, es que le debo la vida.

—Ignoro si realmente hubiera reaccionado igual de ser otra persona cualquiera la que estuviese en peligro —replicó Lyndon—. No por falta de humanidad, sino porque el hecho de que fuera usted

la que iba a perecer en las garras de aquel monstruo espoleó con mayor fuerza mis nervios, mis músculos, mis reflejos mentales…

—¿Por qué, Lucky? —preguntó ella con un murmullo.

—No sé… —se pasó la mano por la frente, pensativo—. Quizá porque es mujer… y porque es demasiado hermosa para morir. Es una razón, ¿no cree?

Ella le contempló sorprendida, gratamente impresionada. Su voz fue un susurro cálido, emocionado:

—Sí, es una razón… Gracias por hablar de ello, Lucky. Es agradable oírselo decir.

Y se quedó pensativa, silenciosa, con la vista fija en la pantalla del visor externo, contemplando la forma rojiza, salpicada de manchas claras y de estrías semejantes a canales del planeta Marte, otro de los lugares soñados por la sed de conquista del hombre y que años atrás había sido finalmente asequible a los conquistadores del espacio.

Lucky Lyndon respetó su silencio. También él estaba pensando. Pensaba en unas placas de moho destructor. En unas extrañas partículas mohosas, que despedían una humedad mortífera, destructora. ¿De dónde habían llegado? ¿Qué significaban? ¿Qué clase de «vida» era la suya?

No había respuesta a esas preguntas, evidentemente. Quizá no volviera a saber más de aquella especie de vida encontrada en Venus, que posiblemente procediese del propio planeta, a pesar de las teorías de los investigadores. Y agradecería que así fuese. Las placas de moho «vivo» no resultaban una realidad agradable. Bastaba recordar el fallo de los cañones automáticos y la rotura de la cabina de vitroplast que encerraba al monstruo venusino para comprender el peligro que representaba una materia así, casi invisible y de tan virulentos efectos sobre las materias a las que se adhería.

Concentró también su vista en Marte, el planeta rojo con nombre bélico. Un mundo del que se había averiguado que muchas de las teorías sobre él fueron reales. Un mundo del que la vida inteligente se había ido agotando, y hoy día solamente quedaban ruinas de espléndidas ciudades de un remoto pasado, los famosos «canales», en realidad auténticas vías gigantescas de enlace intercontinental o entre las grandes ciudades del Marte habitado, cuyas razas debieron extinguirse, víctimas de guerras, epidemias o cosa parecida. Su extinción final seguía siendo un misterio que los exploradores terrestres trataban de descubrir actualmente, tras la edificación, bajo una atmósfera tenue, de nitrógeno, vapor de agua,

dióxido de carbono y una pobre pero suficiente dosis de oxígeno para la vida humana de las colonias terrestres correspondientes a cada planeta conquistado.

En Marte, según los índices de Astronáutica, el verano proporcionaba una temperatura de hasta 60 grados Fahrenheit, aunque en el invierno resultaba harto inclemente y gélido, especialmente en las zonas nórdicas. El día marciano, 37 minutos más largo que el terrestre, ofrecía pocas variaciones. Sin embargo, la noche mostraba allí dos lunas, Phobos y Deimos. Y la gravedad planetaria, contrarrestada por los calzados antigravitatorios, era sólo de un tercio de la terrestre.

Eso era lo que Lucky Lyndon sabía de Marte. Lo demás esperaba averiguarlo ahora, cuando pisara su superficie roja. Y, desde luego, confiaba en no hallar en el planeta rojo ninguno de aquellos diabólicos corpúsculos mohosos en parte alguna.

Pero lo que no esperaba en modo alguno… es precisamente lo que sucedió.

* * *

El espaciódromo de Marte elegido para posarse distaba bastante de la ciudad más próxima de aquel planeta. Pero por su excelente posición era el punto elegido por el Servicio Universal de Astronáutica para que las naves se detuvieran en Marte. Desde allí, un aeroturbo de gran velocidad trasladaba a los viajeros espaciales hasta la ciudad terrestre más inmediata, a través de uno de los canales intercontinentales habilitados a ese efecto.

Así había sido previsto. Y así se hizo. Al menos, en su primera parte…

Luego, las cosas empezaron a ofrecer un cariz muy distinto para los cinco viajeros de la Lotería del Espacio. Justamente al posarse en la gran planicie color esmeralda, de asfalt-plast, apagando sus reactores.

Lucky Lyndon fue el primero en advertir algo extraño allá afuera. Miró a través del visor. Descubrió la planicie gigantesca en silencio, rodeada de frondas vegetales de Marte, de un turbio color cobrizo. Pero no vio ningún ser humano. Del otro lado de la planicie llegaba un viento ululante, procedente de los desiertos de rojas arenas, bajo el tenue aire marciano.

—Que me lleve el diablo si aquí hay alguien con vida —dijo hoscamente Lucky.

—Tiene que haber gente —replicó Ruby Star—. Los empleados del espaciódromo, los reporteros y miembros de la Cosmo-Visión…

Norton me dijo que aquí habría más publicidad que en parte alguna porque piensan en que mi primera película tenga tema relativo a Marte… Y creo que hemos llegado en la fecha indicada.

—No sólo eso. También en la hora señalada —declaró Randy Ball—. Sí, resulta raro…

Se miraron con extrañeza. El visor continuaba mostrando una visión desolada y triste. Había en el centro del espaciódromo una torre de control en la que giraba constantemente una luz de situación, ora verde, ora roja, pero eso podía ser automático. La plataforma gigante, las dependencias, absolutamente todo parecía tan desierto como las arenas rojas del horizonte.

—Marte, el planeta de los enigmas, sigue siendo enigmático incluso hoy día —gruñó Lucky Lyndon—. Pero esto no es lógico. No puede serlo, ciertamente. Tengo que averiguar qué mil diablos sucede aquí.

La puerta de comunicación con la cabina de control y pilotaje se abrió. Los Kowe salieron. Parecían tan intrigados como ellos mismos.

—¿Han visto eso? —farfulló Sigrid Kowe—. Será preciso ver lo que ocurre ahí fuera. Cualquiera diría que nos hemos equivocado y estamos en otro planeta. En uno muerto, desde luego…

—Hay otras naves —señaló Inkro—. Allí veo una en la rampa de despegue. Y otra sobre la propia planicie del espaciódromo. Eso quiere decir que tiene que haber gente por aquí. Y que no estamos en ningún sitio erróneo. Esto es Marte. Y éste es el Espaciódromo Dos, el indicado para nuestro descenso.

—Será mejor que descendamos —señaló Sigrid Kowe—. ¿Viene usted, Lyndon?

—Sí, iré con ustedes.

—También yo —apuntó Randy, espontáneo.

—No, no es prudente —avisó Sigrid—. Será mejor que tú, Inkro, te quedes a bordo, con la señorita Star. Entretanto, Randy Ball, Lyndon y yo iremos a ver lo que sucede. De no hallar a nadie ni podernos poner en contacto con la colonia, regresaremos en seguida. ¿De acuerdo?

—Está bien, Sigrid. Id vosotros —aceptó Inkro. Miró sonriente a la hermosa Ruby—. Será un placer cuidar de la señorita Star.

Momentos después, y con los yelmos de vitroplast sobre sus cabezas, en previsión de cualquier contingencia, los tres hombres abandonaban la nave «Olympia». Sigrid iba armado con una pistola de cargas electro-térmicas, muy eficaz en caso de apuro. Pero no parecía haber nadie con quien utilizarla. En torno a la nave, en la

superficie marciana, el silencio y la soledad continuaban siendo realmente impresionantes.

Pisaron los tres hombres la plataforma ingente del espaciódromo. Miraron a su alrededor con lenta preocupación. El aire era respirable, su indicador de oxígeno de la escafandra así lo señalaba. Pero ellos preferían no probarlo prácticamente.

Avanzaron hasta el pie de la torre de control. Miraron arriba. No vieron a nadie. Había un ascensor. Randy se ofreció rápidamente.

—Yo subiré —dijo, entrando en la cabina cilíndrica, de blanco metal, que salió proyectada hacia la altura al tocar él un botón interior.

Lucky y Sigrid se miraron, expectantes. Arriba solamente sonó el chirrido del turbo-ascensor al parar y unos golpecitos metálicos cuando Randy caminó por la cúpula de la torre.

Unos momentos después descendía el ascensor. Randy abandonó la cabina. Estaba algo pálido. Meneó negativamente la cabeza.

—Nada —dijo—. No hay nadie. Todo funciona automáticamente. Pero hubo alguien arriba hasta no hace mucho. Hay un libro en el suelo, un paquete de cigarrillos en un asiento. Y una cabina para radio, radar y televisión totalmente desierta.

—Diablos, ¿qué pudo suceder en Marte? —gruñó Sigrid—. En la Tierra no ha habido noticias de nada anormal. A mí no me han informado de cosa alguna fuera de lo común. Esto es muy raro, Lyndon…

—Sí, es raro. Lo ha sido desde el principio —señaló la nave de la rampa de salida—. ¿Conoce ese vehículo?

—Sí. Se destina a servicios intercontinentales en Marte. Y también a viajes a Phobos y Deimos, los satélites de Marte. Hay varios de ese tipo que yo sepa.

Lucky apartó sus ojos de la nave cilíndrica azul para señalar a la otra nave esférica, casi en forma de bola, posada sobre la gran plataforma del espaciódromo. La esfera metálica tenía un tono pardo oscuro.

—¿Y ésa? —preguntó—. ¿También es marciana?

—No —negó Sigrid con un encogimiento de hombros—. Debió llegar de Venus o de la Tierra. Pertenecerá a alguna empresa comercial sin duda.

—Rara estructura para una nave comercial… —comenzó Lucky, ceñudo, siguiendo adelante con sus dos compañeros—. Pero en fin, sigamos… ¿Cree que habrá algún funcionario en las oficinas del espaciódromo que nos informe de lo que pasa aquí?

—No, no lo creo.

—Yo tampoco —suspiró Lyndon. Miró las luces de las oficinas, distantes y de un tono blanco—. Allí hay luz. Pero no parece haber nadie. Esto es un desierto. ¿Qué pudo hacerles huir de aquí?

Sigrid le miró, girando rápidamente la cabeza. Parecía inquieto. Muy inquieto.

—¿Huir? —repitió, con voz aguda—. ¿Qué, le hace pensar «precisamente» eso?

—No sé... Es lo primero que se me ocurrió. No creo que sea una costumbre marciana.

Llegaron al Canal Intercontinental. Lucky Lyndon lanzó una imprecación. Señaló hacia él, lanzándose a la carrera, al tiempo que gritaba:

—¡Eh, miren eso! ¡Algo muy raro está sucediendo aquí!

Lyndon tenía razón. Los cables de radio, televisión y los repetidores de televisión estaban virtualmente destrozados, hechos pedazos en el suelo, en el inicio de la larga, infinita extensión del canal, proyectando su doble línea metálica a través de selvas, desiertos y glaciares marcianos, hacia la colonia.

Y aún había algo más. No existía vehículo alguno para viajar por el canal. La estación de salida estaba totalmente vacía de los tres vehículos que, sin duda, se reservaban para los viajes. Y el tubo-canal central, por el que había de deslizarse ese sistema de transporte, aparecía triturado, pulverizado, como si una fuerza titánica lo hubiera machacado implacablemente....

* * *

—¿No se aburre una mujer como usted en un viaje así?

Ruby se volvió a Inkro, que era el que había hablado. Estaban solos los dos, esperando el regreso de sus tres compañeros de viaje. Ella negó con su dorada cabeza.

—No, no me aburro —declaró—. El viaje no me defrauda. Incluso tiene emociones fuertes.

—Demasiado fuertes quizá —rió Inkro Kowe—. De no ser por Lyndon, la hubiera matado aquel monstruo.

—Ya lo sé. Lyndon hizo mucho por mí. Me gustaría poderle devolver el favor.

—No sería difícil eso es una mujer como usted.

—No va por un camino atinado, Inkro —negó ella secamente—. A Lyndon no le preocupa mi hermosura. No es amor ni pasión lo que necesita. Es... libertad. Vida. Yo no puedo dársela.

—Nadie puede dársela —rió Kowe—. A nosotros nos ofreció dinero. Todo su dinero por escapar.

—¿Y usted no quiso ayudarle?

—No puedo. Sirvo al presidente Renzo. Cuido, como mi hermano, de que ese hombre vuelva a su prisión. Dos millones es mucho dinero. Pero no puedo hacerlo. Además, él pedía un motor ultralumínico. Hay pocos en el mundo todavía... —soltó una agria carcajada.

—¿De qué se ríe ahora? —ella le miró, irritada—. Es justo luchar por conservar la vida.

—No me reía de eso, señorita Star, sino de las ironías de la vida. ¡Qué poco imagina Lyndon ahora que tiene tan cerca de él uno de esos motores ultralumínicos!

—¿Eh? ¿Qué quiere decir? —ella le miró fijamente.

—Mire esa nave en el exterior. Es ultralumínica. No admite confusión.

—¿Cuál? ¿La azul que reposa en la rampa de...?

—No, ésa no. La esférica de color pardo. Es ultralumínica. Todas las que van a mayor velocidad que la luz tienen esa forma. Con esa nave, Lyndon podría eludir a Renzo. Y a su ley.

—Puede parecer ultralumínica... y no serlo.

—Lo es. Vea esos cilindros diminutos de su pie —señaló la imagen en el visor—. No había visto antes ese diseño, pero entiendo mucho de mecanismos y motores. Esos cilindros son los reactores ultralumínicos. La energía utilizada es la propia luz. Y ella duplica la velocidad de la nave, dentro de su propia proyección luminosa... Es una aeronave distinta a las que he visto. Pero es de esa clase, lo sé.

—Entonces usted... podría salvar a Lyndon, si realmente quisiera —dijo lentamente ella, mirándole con fijeza.

—Sí —asintió Inkro—. Pero no quiero. No lo haré. Sigrid no aceptaría jamás. Y Renzo me buscaría por todo el Universo hasta castigarme...

—¿Ni por dos millones accedería a ayudar a Lucky Lyndon?

—Ni por eso, señorita Star.

—¿Ni... ni aunque yo fuera incluida también en el precio de esa ayuda?

Se hizo un silencio estupefacto. Inkro palideció, mirando a la hermosa rubia. Ella sostenía sus ojos clavados en él. Subyugante, dominadora, provocativa incluso. Inkro tragó saliva, vacilante. Habló con voz sorda, confusa:

—Bromea, claro...

—No bromeo, Inkro. Esos millones... y yo, por la libertad de Lyndon. Es mi oferta, unida a la de Lucky.

Se humedeció los labios. Sus ojos brillaban y le temblaban las manos vivamente.

—No... no es posible... —jadeó—. Usted no... no haría tanto...

—Vivo gracias a él. Por él puedo sacrificarme, pues. Además, usted no es ningún ser monstruoso, Inkro. No será tan malo pertenecerle... durante toda la vida.

—¡Toda la vida!... —la idea convulsionó a Inkro. Miraba a la inaccesible belleza rubia, famosa en el mundo, diciéndose si eso era posible. Lo que el dinero no logró lo estaba logrando ella. La mujer. La hermosa, fascinante, mujer que era Ruby Star—. Cielos, yo... yo...

—¿Va a pensarlo más? Su hermano volverá pronto. Decídase a tiempo. No habrá otra oportunidad. Esa nave ultraluz para Lyndon. Y a cambio de ello... el precio señalado.

Inkro vaciló unos momentos, muy pocos. Luego movió negativamente la cabeza.

Negó con firmeza. Y, sin embargo, paradójicamente, aceptó:

—Creo que es una locura... Pero usted gana. Acepto ese precio. Lucky Lyndon será libre. Yo me ocupo de ello.

—¿Y su hermano? Sigrid no aceptará tendrá que...

—Tendré que convencerle. O dominarle. O matarle, si es preciso —aseguró fríamente Inkro, haciendo estremecer a Ruby Star—. Pero Lyndon será libre ahora mismo...

Se movió para dirigirse a su cabina, donde sin duda ocultaba algún arma. Fue un tremendo error por parte de él y de la propia Ruby que no estuvieran atentos a los sonidos del exterior durante su tensa entrevista. No supieron que los tres ausentes volvían. No supieron que la puerta se abría, deslizándose silenciosamente, como siempre, para dar entrada a la nave, desde el compartimiento estanco, de descompresión espacial, a Sigrid Kowe, a Lucky Lyndon y a Randy Ball, de retorno de su exploración.

—Nadie va a ser libre ahora mismo, hermanito —cortó fríamente la voz de Sigrid—. Y si uno de nosotros ha de ser Abel y el otro Caín... ¡Prefiero que seas tú el que muera!

Ruby lanzó un grito terrible. Lucky Lyndon y Randy no fueron capaces de actuar, paralizados por la horrible acción de Sigrid Kowe con su hermano gemelo.

Pero de súbito su arma electro-térmica disparó un chorro candente, de sibilante fuego azul, sobre el infortunado Inkro, que chilló con horror:

—¡Sigrid, no...! ¡No puedes...!

Su protesta se cortó a flor de labio cuando el radiante chorro

azul le sacudió, envolviéndole en un humo blancuzco, acre, y un largo, horrible grito de agonía, brotó de sus labios, en tanto que la potente carga electrotérmica destrozaba sus miembros bajo el candente impacto…

—Y usted, señor Lyndon, no intente nada —avisó Sigrid Kowe fríamente, volviéndose arma en mano hacia él—. Los que somos leales al presidente lo somos por encima de familiares y de ambiciones. No vacilaré en matarle si me obliga a ello, como maté a mi propio hermano.

Lucky Lyndon no se movió. Sabía que lo haría. Su mirada ahora estaba fija en Ruby Star con inmensa sorpresa. Había comprendido lo que había sucedido con Inkro. Y agradecía en todo su valor el sacrificio que ella había estado dispuesta a hacer por él.

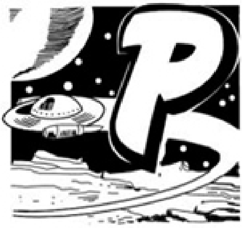
—Gracias, Ruby… —murmuró roncamente—. Ha pagado su deuda con creces…

—No diga eso —habló ella con lágrimas en los ojos—. Intenté hacerlo, pero en vano… Esa nave esférica es ultralumínica, Inkro me lo dijo. Lástima que no pueda ser suya.

—Ni ésta ni ninguna otra —avisó fríamente Sigrid—. Las cosas se han puesto mal para usted, Lyndon. Ahora ni siquiera va a sernos posible continuar el viaje. Vamos a volver a la Tierra, les guste o no. En Marte ha sucedido algo desagradable. Y aquí, en nuestra nave, también. Usted responderá del intento de soborno y responsabilidad en la muerte de mi hermano, señorita Star. Y Lucky Lyndon volverá a su celda de muerte. Lamento que su fortuna en la Lotería haya sido tan corta, Lyndon.

Nadie podía replicar allí. Nadie podía resistirse. Sigrid Kowe tenía la fuerza. Una vez más, la fortuna cerraba sus puertas ante Lucky Lyndon…

CAPÍTULO VII
ULTRA-LUZ



ERO también, en ese momento decisivo Sigrid Kowe, el agente del presidente Renzo, cometió su propio error. Prestó demasiada atención a Lucky Lyndon, el más peligroso personaje del grupo... y se olvidó del mozalbete de aire inofensivo, de Randy Ball.

Cuando lo recordó, era tarde. Giró la cabeza y la mano armada, buscándole. Randy, silenciosamente, se había situado detrás de Ruby, algo desviado a la izquierda de Sigrid Kowe.

Súbitamente, cuando Sigrid le buscó con sus ojos y su arma, Randy entró en acción. Cargó sobre él violentamente, esgrimiendo una de las barras cromadas telescópicas que servían de soporte a los asientos de la cabina posterior del «Olympia». Su acción al desenroscarla había sido sigilosa y rápida.

Si Kowe hubiera podido hacer fuego a tiempo, el esfuerzo de Randy hubiera sido baldío, y su muerte cierta, ya que el solo contacto con aquella carga electrotérmica era mortal. Pero la celeridad y oportunismo de Randy ganaron por la mano a Kowe y, cuando éste trató de atinarle con el disparo de su temible arma, se encontró con un golpe brutal de la barra telescópica, en plena mano, y el arma saltó por los aires, lejos de su alcance... aunque el impacto fue tal que también la barra huyó de manos de Randy.

Sigrid, con un rugido, se abalanzó sobre este último objeto, mucho más próximo a él que su electro-termo, y aferrándolo con la zurda, mientras dominaba violentamente su dolor, buscó con ojos homicidas a Randy. El muchacho, asustado, se encogió, adivinando lo que iba a suceder. Sigrid Kowe, barra en alto, se abalanzó sobre él, con su mayor fuerza y mayor experiencia en toda clase de lances. Cuando descargase el impacto, difícil sería que la cabeza de Randy quedase reconocible.

Pero Randy aludió el golpe con un finta agilísima y corrió unos pasos a su derecha, intentando huir de nuevo, cuando Sigrid alzó la barra metálica para estamparla en su cabeza. Randy tropezó entonces, resbaló sobre el pavimento metálico de la nave, y rodó ante Sigrid, que con un grito de feroz júbilo se dispuso a rematarle

inexorablemente.

Entonces silbó el chorro azul de la carga electro-térmica. Fue un impacto estruendoso, llameante, que alcanzó de lleno a Sigrid Kowe. Éste rugió, convulso, sacudido por la ardiente luz azul. Su mano soltó la barra metálica, el rostro giró, angustiado, lívido, reflejando todo el horror doloroso de su agonía, hacia la persona que había oprimido el disparador del electro-termo.

Se encontró con la faz dura e inexpresiva de Lucky Lyndon, en cuya mano engarfiada humeaba ahora la temible arma mortífera, tras haber disparado, justamente a tiempo de salvar la vida a Randy Ball.

—Maldi...to... —jadeó Sigrid, desmoronándose, comido por el calor eléctrico, ante los ojos inexorables, fríos y duros, del joven Lyndon—. ¡Maldi...to...!

Cayó de bruces sobre el pavimento de metal. Se quedó allí, retorcido, deforme, abrasado...

Ruby Star, estremecida, se ocultó, apoyando la cabeza sobre el torso de Lucky, y rompiendo en sollozos histéricos, mientras Randy Ball se ponía en pie, todavía impresionado por la terrible escena vivida, y musitaba, mirando el cuerpo ya sin vida de Sigrid:

—Dios mío... Casi me asesina fríamente, el muy canalla... igual que mató a su hermano... Gracias, Lyndon...

—Primero lo hiciste tú, muchacho —sonrió duramente Lucky—. No iba a dejarte morir a manos de ese perro.

Luego rodeó el cuerpo de Ruby con un brazo. Fue una acción instintiva, encaminada a darle cierto consuelo y sensación protectora a la excitada joven. Pero ella reaccionó de un modo violento, brusco, inesperado.

Alzó el rostro, bañado en llanto, que por contraste le pareció a Lucky más hermoso que con todas sus sonrisas y poses artificiales. Rodeó también al joven con sus brazos y, con un sollozo más profundo, gimió, acercando a él su rostro:

—¡Dios mío, Lucky, cuánto he sufrido por ti! ¡Cuánto he temido que ese canalla...!

Y le cubrió la boca con sus propios labios, húmedos y cálidos, en un beso intenso e inesperado.

Lyndon, sorprendido, devolvió la caricia a la muchacha. Luego, al apartarse sus rostros, la miró profundamente a los ojos y susurró:

—Creo que te quiero, Ruby... y no debería ser así.

—Yo también te amo, Lucky... ¿Por qué no debería hacerlo?

—No sé. Hay tantas cosas que nos separan... Tu fama, tu personalidad, tus obligaciones con la gente... Está también Ross

Norton, tu prometido... Y está mi sentencia a muerte, inapelable...

—No hables así, Lucky. Nada de eso cuenta para nosotros. Mi fama, mi personalidad, todo eso me aburre, me asquea. Es falso, artificial, como la Ruby Star que pretendieron crear. Yo no soy así, Lucky. Soy sencilla, normal. Una chica corriente, que desea seguir siéndolo... En cuanto a Ross Norton... no existe nada entre él y yo. Absolutamente nada, puedo jurártelo bien segura de mí misma, querido. Sólo publicidad, cosas para la gente... Y en cuanto a ti... es preciso que huyas, que salgas de estos lugares donde la ley de Alaro Renzo puede llegar en busca tuya...

—¿Cómo hacerlo, Ruby? Los Kowe tenían razón en eso. No hay rincón del Universo adonde Renzo no sea capaz de llegar con su largo y cruel brazo.

—Está esa nave ultralumínica, Lucky —señaló la forma esférica del exterior—. Inkro me lo reveló.

—¿Estás segura de que es una nave de velocidad superluminosa? —se agitó Lyndon.

—Creo que sí. Inkro parecía muy seguro de eso, aunque no conocía el modelo. Lucky, puedes huir, lejos de todo esto, llegar a regiones donde Renzo tarde siglos en encontrarte... que es tanto como decir que nunca te encontrará. Habrá algún sitio habitable donde quedarse uno... como un Robinsón del espacio. Y crear allí una vida, una existencia apacible, lejos de todo lo vil.

—Pero, Ruby, eso debo hacerlo yo solo. Soy el condenado, el hombre forzado a huir... el fugitivo del Cosmos.

—Nunca te dejaré, Lucky. Vayas adonde vayas, mientras no te canses de mí, iré contigo.

—Yo también, Lucky, si es que no os estorbo —sonrió Randy noblemente.

—Dios mío, creo que en este viaje la auténtica suerte fue encontraros a vosotros. A los mejores seres del mundo...

—Entonces, Lucky... ¿qué hacemos? —le apremió Ruby.

—Tomar esa nave —señaló la esfera ultralumínica—. Y partir adonde sea... Algo ha sucedido en Marte, Ruby. Algo terrible y dramático, que ignoro lo que pueda ser. Pero que ha dejado desierto el espaciódromo y ha cortado toda comunicación con la ciudad terrestre de este planeta. De modo que si Renzo no tiene noticias de su colonia marciana enviará naves a Marte a indagar lo que ocurre, y eso será peligroso para nosotros. Saldremos cuanto antes. Pero yo no soy un piloto espacial, Ruby. Es posible que resulte difícil y peligroso conducir esa nave. Además, la energía ultralumínica no está todavía bien controlada y orientada, es algo en período de

pruebas... Puede ser un fracaso, y puede costarnos la vida a todos.

—Correremos el riesgo —sonrió la joven, animosamente—. ¿Verdad, Randy?

—Sí, Ruby. Estoy dispuesto a correr los riesgos que sean. Pero seré feliz si logro ir adonde no sepa nada de Alaro Renzo nunca más...

—Entonces vamos allá —Lucky fue a la despensa de a bordo. Tomó bolsas de alimentos comprimidos y los tendió a Ruby y a Randy—. Vamos, tomad todo esto. Es preciso, que llevemos provisiones por si algo sucede. Recoge también medicamentos, Randy. Podemos necesitarlos.

—De acuerdo, Lucky

Tardaron pocos minutos en reunir un equipo bastante completo de objetos necesarios para continuar el viaje fuera de aquella nave.

—¡Lucky, olvidas algo! —le recordó ella—. Tus dos millones de «créditos»...

—No creo que jamás los eche de menos —sonrió Lucky Lyndon —. No ambiciono dinero. No lo quiero para nada, querida... Sólo pido libertad... y vida. Es suficiente, créeme.

—Claro que te creo, Lucky. Ésos son los dos más hermosos dones que puede recibir el ser humano.

Abandonaron el «Olympia». Cruzaron, bajo el silbido del seco, ululante viento del desierto marciano, la gran plataforma verde de cemento plástico, en dirección a la nave esférica. Ésta, como un extraño objeto oscuro y misterioso, parecía aguardarles en medio de la desierta planicie.

—Es raro que dejaran esa nave abandonada aquí, Lucky —opinó Randy.

—Sí, lo es. Pero todo está abandonado realmente. Quizás iniciaban una prueba superlumínica cuando sucedió algo que les hizo huir o desaparecer de aquí.

—¿Poseerá energía esa nave? —indagó Randy, preocupado.

—Inkro parecía creer que sí —arguyó Ruby Star—. Además, es de un modelo que utiliza la propia luz como energía impulsora y viaja con ella, multiplicando su propia velocidad.

—Es el modelo más reciente con el que se experimentó —dijo con sorpresa Lucky—. Y no creí que estuviese ya logrado, ni mucho menos.

—Tampoco yo —aseguró Randy—. Una vez leí que el sistema había fracasado, aunque los sabios persistían en su idea de lograrlo.

—Pues evidentemente lo lograron —sonrió Ruby—. Y, de todos modos, merece la pena probar fortuna. Lucky lo arriesga todo en

este paso. Seguiremos su destino, puesto que el azar nos unió en esta aventura...

Ya ante la esfera oscura, buscaron el acceso exterior a la misma. Lucky Lyndon lo encontró al presionar una banda metálica de su base. Una puerta circular se abrió lentamente en su superficie curva y oscura.

Dentro brillaba una luz quizás automática, de color azulado. Los tres viajeros espaciales se miraron con aprensión. Estaban solos en la planicie marciana, agitada por el viento del desierto. Solos ante aquella nave esférica y misteriosa, cuya fuerza terrible le permitía ir más allá de la luz, más allá de todo lo dominado hasta entonces.

—Es como entrar en un mundo desconocido —dijo roncamente Randy—. Un sitio mucho más extraño y misterioso que estos planetas en los que nos hallamos, Lucky.

Lyndon asintió, sin decir nada. Contemplaba, escudriñador, el interior de azulada luz de la nave esférica. Luego, resueltamente, aferró los salientes metálicos que, a guisa de escalones, conducían al interior de la nave. Los subió, seguido con igual resolución por Randy y la hermosa muchacha.

Saltaron al interior. Era, como había dicho Randy, igual que un mundo desconocido.

No se parecía a ninguna otra nave espacial. Tenía un solo compartimento circular, con un complicado tablero de mandos, cubierto de botones de distintos colores, una pantalla de televisión que estaba, en realidad, formada por tres pantallas distintas, controladas por otra serie de botones.

No existían asientos, ni lecho, ni nada parecido. Los muros tenían un brillo plateado, el suelo era del mismo tono pardo del exterior. Y aunque desde fuera nada era visible en la nave, desde el interior podía verse perfectamente la llanura, el paisaje marciano, desolado y triste, gracias a una serie de visores de transparencia sutil, que en realidad formaban cuerpo con la esfera de la nave, siendo totalmente opacos y sólidos desde el exterior.

—Vaya un lugar raro —comentó Randy, aprensivo—. No parece humano, Lucky...

Lyndon le miró con extrañeza. Había pensado lo mismo. Era como pisar una de las fabulosas, míticas naves de los invasores marcianos que la fantasía popular creara en el pasado, tres o cuatro siglos atrás.

Ellos no habían existido jamás como tales. Pero aquella nave, ciertamente, no se parecía en nada a las más complicadas diseñadas en la Tierra.

—Debe de ser un modelo que jamás se probó antes —dijo Lucky, no muy convencido—. Eso lo explicaría todo…

Randy se encogió de hombros, sin contestar. Eso no explicaba nada, y Lyndon lo sabía. Allí había algo raro. Casi se podía captar en el ambiente. Los tableros carecían de la menor palabra indicadora, de signo alguno que indicara la utilidad de cada botón.

—Habrá que probar a ciegas —dijo Ruby—. Esto no hay quien lo entienda, Lucky.

Lyndon no replicó. Estaba pensando lo mismo. Irritado, se encaminó a los visores. Los conectó. No sucedió nada. Las tres pantallas continuaron apagadas.

—Tal vez ni siquiera funciona —gruñó Randy—. A lo mejor está en período de montaje…

Lucky Lyndon contempló los muros cerrados herméticamente en torno de ellos. La puerta de acceso ya no estaba abierta. Se cerraba automáticamente, sin duda. Y, de súbito, Lucky tuvo un terrible presentimiento.

—Creo… creo que no estamos solos aquí —dijo con voz sorda—. Alguien nos observa…

Randy pegó un respingo. Ruby Star, muy pálida, se acercó a Lyndon, buscando protección en sus brazos. Reinó el silencio. Súbitamente, Randy dio un grito que sobresaltó a ambos. Señaló, trémulo, a los muros de la nave, allí donde formaban visores directos, asomados al exterior.

—¡Mirad! —gritó—. ¡Mirad eso!… ¡Todo ha desaparecido, Lucky!

Lyndon se volvió, sobresaltado. Miró una y otra vez en busca del paisaje marciano. No existía. No había nada allí. Nada de nada. Todo negrura, oscuridad absoluta, sin luces, sin astros, sin visiones espaciales, sin nada concreto… Era como si hubieran cerrado aquellos tragaluces. Pero no estaban cerrados.

Lucky se aproximó a ellos, aferró con sus manos la superficie tersa, nítida y cristalina. La golpeó. Era dura como el acero. Le pareció que al otro lado una negrura infinita formaba un océano terrible de sombras…

—¿Qué es lo que sucede, Lucky? —preguntó Ruby roncamente.

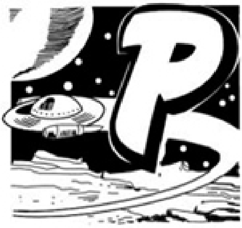
—Creo… creo que lo voy entendiendo —declaró Lucky Lyndon con voz sorda, volviéndose hacia ellos con expresión tensa—. Y no me gusta la idea. No me gusta, Ruby…

—Pero, por Dios, ¿qué es lo que piensas?

—Que ya no estamos en Marte. Que estamos viajando más allá de la luz, sin haber tocado nosotros un solo resorte… Que,

realmente, «hay alguien aquí»... y estamos como secuestrados, viajando en su nave...

CAPÍTULO VIII
EL ENEMIGO



POR el momento, ni Randy ni la muchacha parecieron darse exacta cuenta de lo que Lucky quería decir con eso. Después…

—¡Eso es imposible, Lucky! —protestó Randy—. ¿Dónde puede ocultarse ese «alguien»? ¡Aquí no hay puertas, no hay otra cabina! ¡Estamos solos a bordo!

—O creemos estarlo. Aquí no hay puertas, es cierto. Pero tampoco hay asientos, ni lecho, ni nada común a los humanos... Es raro, ¿verdad? Mira ese indicador, Randy... Es muy curioso...

Estaba señalando hacia el muro, encima del tablero de botones. Allí se veía un indicador con cifras. Unas cifras raras, que no eran números, pero lo parecían. Y formaban una columna, en la que se veía ascender un punto luminoso, variando de posición, aumentando las cifras sin duda.

—Cifras extrañas, Randy —dijo Lucky con voz dura—. Y algo indica que suben, que aumentan... Quizás es nuestra velocidad. O nuestra distancia de algún punto determinado... Estoy seguro, Randy, de que viajamos ya.

—Pero ¿hacia dónde? ¿Y con qué o con quién?

—No lo sé —Lucky Lyndon se puso a buscar a su alrededor, palpando los muros en busca de algún oculto resorte—. No lo sé, pero quiero saberlo cuanto antes, Randy. Si nos llevan a alguna parte, me gustaría saber adónde es...

Rodeó toda la cabina sin éxito. Randy y la muchacha le contemplaban, expectantes. No parecían esperar nada concreto de aquello. Tal vez, incluso, lo consideraban pueril. Pero Lucky continuó su tarea, iniciando de nuevo el círculo.

Terminó de nuevo, sin resultado. Se detuvo por fin junto a los televisores sin imagen. Apoyóse en los salientes metálicos que formaban adorno hasta el techo, reflexionó... y de repente pegó una palmada en su pierna, gruñendo:

—¡Oh, qué estúpido he sido! ¡Qué estúpido! ¡No hay puertas, no puede haberlas! ¡La anchura de esta cabina es justamente la misma de la nave esférica que vimos antes de subir!

—Es lo que antes pretendí decir, Lucky —aseguró Randy, sonriente.

—Sí, ahora lo entiendo… —alzó la cabeza y señaló al techo—. Pero ¡es mucho más baja que la esfera completa! Eso lo explicaría todo…

Rápidamente comenzó a escalar el muro. Los supuestos adornos de éste formaban una perfecta escala hasta el techo. Allí bastó para que Lucky presionara un borde del mismo para que la mitad del círculo del techo se abriera, deslizándose sin ruido.

Randy y la joven lanzaron un grito de sorpresa y excitación a dúo. Corrieron hacia él y le siguieron, escalando la pared hasta arriba.

Cuando llegaron, ya Lucky Lyndon estaba dentro del compartimento superior que el techo había ocultado hasta entonces. Inmóvil ante algo en lo que brillaba una rara fosforescencia verde.

El lugar era un compartimento hemisférico, oscuro y silencioso. Sin muebles, sin asientos, sin literas ni nada parecido. Sin objetos ni útiles de ninguna clase. Terriblemente frío y terriblemente liso todo, en sus curvos muros y su cóncavo techo.

El lugar de fosforescencia verde tenía forma esférica también. A primera vista parecía una pecera de gigantescas dimensiones, de cuyo interior brotase luz. También recordaba vagamente la cómica bola de vidrio de un adivino profesional.

—¿Qué es «eso»? —indagó Ruby, acercándose a él.

—No es agradable de ver, querida —dijo la voz ronca de Lucky Lyndon. Una voz extraña, inquieta y tensa, que hizo que ambos amigos le miraran con sorpresa—. Nada agradable. Pero lo explica todo… Creo que ahora ya conocemos al tripulante de esta nave… Al personaje que nos ha secuestrado y nos lleva consigo a bordo.

Ruby Star, sorprendida, miró hacia la pecera. Lanzó un grito de horror.

Allí, entre la fluorescencia verde, era bien visible…

De momento recordaba a un extraño animal marino, alguna forma de las profundidades, cubierta de musgo, de verdor y de pelusa vegetal, producida por los años de inmersión.

Pero no era concretamente aquello. Aquella forma fofa, gorda, redonda, que flotaba en el líquido viscoso y turbio, palpitando con lentitud… era por sí sola una masa de musgo o de moho. Una masa de gran peso, con un volumen formidable, como el de una tortuga de doscientos años o cosa así y no menos repulsiva.

Era una especie musgosa, repelente y viva. De su corpachón blando, palpitante, surgían una especie de delgados cables o tubos

plásticos, que penetraban por un orificio del suelo, desapareciendo sin rumbo fijo ni razón concreta.

—Dios mío... —susurró Ruby—. Eso... «eso» es...

—Sí. «Eso» es justamente lo que estás pensando, Ruby. Hemos hallado al distribuidor de placas de moho criminal... Creo que esto, sea lo que sea, viaja, vive y piensa. Y es el portador de los corpúsculos mohosos que vimos en Venus... Quizá de los que provocaron la destrucción y el terror en Marte...

* * *

La forma de moho blando, pastoso, uniforme, seguía allí. Palpitando, como un gordo cuerpo maligno que, aun sin ojos, rostro ni mente, les vigilara, les acechase con burlona crueldad.

Ruby, muy pálida, se apartó del recipiente esférico y Lucky Lyndon la sujetó con firmeza.

—Pero... pero ¿cómo puede esa forma, hundida en una pecera, actuar, enviar fragmentos de sí mismo, con una misión concreta? ¿Cómo puede viajar, tripular esta nave?

—Querida, recuerda que sé tanto como tú... —suspiró Lucky Lyndon—. No vi jamás antes nada parecido. Pero estoy deduciendo algunas cosas. Y ojalá no esté en lo cierto.

—Esas palpitaciones, Lucky... —se estremeció Randy—. ¿Es que realmente es «algo» vivo?

—Sí. Es más, creo que está vivo y piensa. Incluso sin ojos nos ve, nos vigila. La sensación que yo tuve antes fue demasiado intensa para ser falsa. Sea como sea, la mente o lo que en su lugar posea esa masa musgosa es perfectamente clara y poderosa. Uno puede captar «algo» en el aire, sin saber lo que es... Al acercarme al recipiente casi tuve la impresión de que me miraban, de que querían hablarme, decirme algo... No sé, pero es algo horrible, si realmente «eso» viaja solo... y se esparce por doquier, logrando descomponerse en crías, en fragmentos, en una especie de huevas musgosas, que serían las que provocaron el desastre en Venus, los caóticos resultados del éxodo en el espaciódromo de Marte... y sólo sabe Dios qué horribles cosas más en otros mundos, de cuya lista quizá ni siquiera la Tierra se libre al fin.

—Una masa de moho o musgo... que piensa, ve y entiende... ¡y viaja a mayor velocidad que la luz! —jadeó Randy—. ¡Oh, por Dios, es demasiado!... Parece una fantasía estúpida y ridícula...

—Parecerá lo que se quiera. Pero hay un gran margen de probabilidades de que realmente sea eso lo que sucede —suspiró Lucky Lyndon, muy pálido. Miró de nuevo hacia la forma flotante

en el líquido, con su aspecto repulsivo, palpitante, ominoso...—. No me gusta. No me gusta nada estar cerca de «ello». A veces... siento que algo se interpone en mis pensamientos, que una onda mental muy poderosa se cruza con la mía, pretendiendo anular mis ideas...

—Lucky, si «eso» está aquí con la finalidad de invadir el Cosmos de fragmentos de moho destructor... tiene que haber alguien que lo utilice. Una persona, un ser vivo, lo que sea. Un ente de otros sistemas solares, no sé... Pero una masa de moho no puede pensar y actuar por sí sola. Sería... sería absurdo y horroroso.

—Es horroroso, Ruby. Sea lo que sea, resulta horroroso. Y, ciertamente, un peligro tremendo para todas las especies vivas e inteligentes de los planetas, aquí o en otro sistema solar, puesto que dispone de una nave ultraluz.

—Lucky, hemos salido de algo malo para caer en una cosa peor. ¿Qué podemos hacer para averiguar lo que realmente sucede, para intentar salir de aquí, para destruir, si es preciso, esa maldita forma de moho viviente?

—No lo sé —Lucky Lyndon estaba pensando, con la mirada fija en la pecera gigantesca en la que flotaba la masa de moho—. Lo único que realmente sé es que «eso» nos está conduciendo a alguna parte... a algún lugar, más allá de lo conocido...

—¿Por eso dispone de una nave superluz?

—Sí.

—Pero volvemos a lo mismo. Alguien la construyó, alguien puso aquí a... a «eso». ¿No está ahí la razón de todo, Lucky?

—Desde luego, Randy. Lo que me gustaría saber es de dónde procederá eso... Cómo ha podido hacerse todo y por qué...

Abajo, en el tablero de mandos, sucedió algo. Un zumbido largo, continuado, se hizo oír en la nave Lucky, rápidamente, descendió. En la pantalla había ahora algo. Una imagen que iba tomando forma lenta, difusamente. Una forma repetida tres veces en las tres pantallas. Un rostro verdoso, informe, de globos amarillos en vez de ojos, de larga boca, entre escamosos labios distendidos... Algo repugnante y horrible, que hizo gritar roncamente a Ruby cuando ella siguió a Lyndon.

—¡Mirad! —masculló Lucky—. Creo que empieza a despejarse otra incógnita. Nos acercamos a alguna parte en esa nave... y ese alguien a quien tú te referías, Randy, puede hacer ahora acto de presencia en la televisión...

De repente, la imagen de la pantalla hizo algo. No abrió la boca. No emitió sonidos por ella, como cualquier ser humano. En vez de ello, palpitó su piel escamosa, y sus ojos parpadearon a medida que

emitía sonidos. Sonidos raros, roncos y cortados, que brotaban por el altavoz del televisor de a bordo.

Y que, de repente, brotaron de otro altavoz con nítida, perfecta expresión, en el lenguaje internacional terrestre, pronunciados con metálico sonido. Todos se volvieron hacia el tercer televisor, de donde surgía la metálica voz de perfecta entonación.

—Habéis entrado en una nave que no os pertenecía —dijo la voz —. Ahora deberéis aceptar las consecuencias de vuestros actos. Venís hacia nuestro mundo. «Ghok» ya nos notificó que había alguien con él a bordo, un cierto número de humanoides atrevidos... Vais a sernos útiles. En nuestra galaxia ningún ser humano penetró jamás. Vosotros seréis los primeros. Esperamos que nuestro estudio sobre vuestras mentes y vísceras, sobre vuestros tejidos y naturaleza, nos den la razón de vuestra existencia y podamos así disponer mejor la aniquilación de las especies inferiores de animales como la vuestra... ¡El Universo sólo puede pertenecer a las superrazas de Andrómeda!

—¡Andrómeda! —jadeó Ruby Star, muy pálida.

—Andrómeda, sí... —asintió roncamente Lucky, rodeándola con su brazo, crispado y nervioso—. A millón y medio de años-luz de la Tierra. De allí proceden, Ruby... y allí nos llevan. Pero hay tiempo de intentar algo. Ni siquiera viviremos al llegar allá...

La figura del televisor lanzó una carcajada agria e hiriente.

—A la velocidad de la luz el tiempo deja de existir, ignorantes. Podéis recorrer millones de años en días vuestros... —informó la voz metálica—. Llegaréis vivos, sanos, frescos para los laboratorios experimentales... Y, entretanto, el Universo entero conocerá el caos, el desastre, disperso por las huevas de nuestro fiel «Ghok»...

—«Ghok» es... es «eso» de arriba —jadeó Lucky Lyndon—: Dios mío, todo esto es horrible... Seres de Andrómeda intentando aniquilar la vida en el Universo... Monstruoso moho, controlado y disperso por medio de ondas emitidas a distancias fabulosas... y que sin duda «Ghok» recibe para lanzar a su vez a sus espantosas criaturas, como una semilla de caos y de destrucción por los mundos habitados...

Los tres terrestres escuchaban las pavorosas noticias realmente encogidos, estremecidos de angustia y de horror. Si todo aquel poder era capaz de existir en un lejano mundo de la galaxia de Andrómeda, en aquella nebulosa apenas visible desde los grandes telescopios terrestres, ¿qué destino atroz le estaba reservado a la especie humana?

—Ahora ya lo sabéis todo —habló la voz metálica, mientras el

rostro escamoso se crispaba ante ellos con sus parpadeos y su boca muda—. Ahora estáis enterados de que hemos creado esa nave superluz para visitar las galaxias y destruirlas. En nuestro mundo se dudó de que llegara a tener éxito... e incluso se pensó en anular su lanzamiento. Pero yo confié en «Ghok» y en mi proyecto. Yo confié... y espero el momento de mi triunfo. Toda la Galaxia se inclinará ante mí. Y el Consejo de Sistemas Planetarios de Andrómeda ya no podrá rechazar mi gran proyecto. ¡Muchos «Ghok» volarán en breve hacia todas las galaxias y sistemas solares del Universo, hasta destruir toda vida animal y dejar pura, en el Cosmos, la raza grande de los «Ukhs» de Andrómeda! ¡Yo lo conseguiré, terrestres! ¡Y vuestra presencia aquí me ayudará!

Lucky Lyndon había estado escuchando las últimas palabras con expresión pensativa. Se había ido acercando al tercer receptor de televisión espacial, que emitía el sonido perfectamente traducido, claro y audible, de la voz del monstruo ser de Andrómeda. Lucky Lyndon actuó de repente como si se hubiera vuelto loco.

Descargó un martillazo formidable, con su mano cubierta por el pañuelo, contra la pantalla visora del receptor, que se hizo pedazos, en medio de un estallido de luz y una explosión interior rugiente y peligrosa. Pero Lyndon, sin vacilar, continuó adelante con su plan, y tiró de los mandos de sonido, desconectándolos y quebrándolos. En las otras pantallas el rostro verde continuaba hablando, expresándose ahora en sonidos secos, extraños, ininteligibles.

Lucky, con celeridad asombrosa, extrajo del aparato un objeto metálico, cilíndrico, en el que vibraban unas lengüetas, sujetas a una célula de gran sensibilidad, que hacía funcionar un pequeño «cerebro electrónico», traductor de sonidos.

—¡Éste es el gran poder de esos fantoches de Andrómeda! —jadeó Lucky, agitando el ingenio—. ¡Un simple traductor mecánico, que nos reproduce sus sonidos en nuestra propia lengua!

—Pero Lucky, a pesar de todo, ellos son poderosos. Esta nueva super-luz, su proyecto, su forma de controlar a... a «eso» que está allí arriba... —arguyó Ruby, nerviosa.

—Yo tengo una idea mejor, Ruby —replicó Lucky Lyndon—. Es cierto, sin duda, que proceden de Andrómeda... Cierto también lo que se proponen, lo que piensan... Pero aquí hay algo más... Ese personaje de la pantalla... no parece real. Ni siquiera en Andrómeda creo que haya seres así. Simplemente, algo o alguien ha captado la idea que nosotros, los terrestres, nos hacemos de un ser extraplanetario y la ha reproducido ahí, ante nosotros, con una gran habilidad y un esfuerzo mental formidable. Hemos visto y oído lo

que las ondas magnéticas de ese «alguien» reprodujeron en la pantalla. Creo que en realidad, en Andrómeda sólo hallaremos una cosa, una especie de seres, Ruby…

—¿Cuáles, Luck?

—¡Masas de moho como ésa de arriba! ¡Creo que ese «Ghok» o como diablos se llame, es el auténtico cerebro aquí y el que ha creado para nosotros esa figura fantástica, de historieta infantil, tratando de impresionarnos!

Antes de que nadie pudiera prever lo que hacía, Lucky Lyndon se lanzó a la carrera hacia la escala que ascendía. Randy y Ruby trataron de detenerlo, temiendo que se hubiera vuelto loco. Pero algo les confirmó que no era así.

¡La compuerta en el techo empezaba a cerrarse, como una autodefensa de la masa de moho viviente de allá arriba, para eludir el ataque de Lyndon!

Sin embargo, Lucky logró cruzar la angosta abertura antes de que se cerrase totalmente. Penetró como un ciclón en la cámara superior… y la puerta se cerró totalmente tras él.

—¡Lucky! —chilló Ruby, convulsa—. ¡Oh, no, Lucky! ¡Vuelve, vuelve…!

Randy subió, forcejeando en vano con la compuerta. Al otro lado, un aullido extraño, inhumano, un feroz estruendo de lucha desesperada, les llenó de inquietud y zozobra.

Lucky Lyndon luchaba. Combatía con algo… y ese «algo» no podía ser otra cosa que una simple masa de moho blando, gelatinoso, palpitante, flotando en un recipiente de líquido repugnante…

—Dios mío… —dijo roncamente Randy, sin poder abrirse paso hacia él—. ¿Qué estará sucediendo ahí dentro?

CAPÍTULO IX
MOHO



N cuanto Lucky Lyndon penetró como una exhalación en la cámara superior de la esfera, la compuerta del techo, que formaba el suelo de aquel compartimento, se cerró con golpe seco.

La fluorescencia verde de la esférica piscina comenzó a decrecer, a apagarse. Lucky intuyó lo que sucedía. «Aquello», cuyas palpitaciones ahora eran más agitadas que antes, sin duda por el esfuerzo que realizaba su magnetismo sobre los controles de a bordo, pretendía sumirle en la oscuridad. Posiblemente esa oscuridad era buen cómplice para aquel monstruoso ser de superficie musgosa.

No le dejó terminar con su juego. Si la oscuridad le favorecía, debía de buscar toda coyuntura que no le fuese favorable al espantoso enemigo de la pecera.

Cargó contra la vitrina esférica de cristal con todas sus fuerzas, descargó sobre ella un doble mazazo, que repitió con sus pies violentamente. La esfera crujió, agitándose su líquido, su cuerpo asqueroso y palpitante. Pero no cedió, sin duda muy fortalecida por el propio ocupante de la misma.

Algo parecido a un chillido nauseabundo brotó del recipiente de vidrio blindado. Otra carga brutal de Lucky, ya con la estancia casi totalmente en sombras, resultó también negativa.

Un escalofrío de horror sacudió a Lyndon cuando pensó que podía quedarse solo en la oscuridad con aquel horror viviente... que tal vez en la sombra se moviera, saliese de su encierro, atacándole directamente. La idea era demasiado horripilante.

Se rebeló contra él, mientras los golpes y gritos de Randy y de Ruby, allá abajo, le llegaban apagadamente. Incorporóse, ya con el interior del recipiente esférico convertido en un simple fulgor verdoso, que se amortiguaba por momentos.

La masa viviente, cubierta de musgo, se movía con palpitaciones bruscas, violentas, que agitaban su líquido, haciéndolo espumeante y llenándolo de placas diminutas, de moho vivo, crías como las halladas en Venus, sin duda.

Asqueado, volvió a golpear, con igual resultado negativo. No había ninguna abertura en el recipiente, salvo la de salida de aquel manojo de tubos diminutos, pero sin duda la masa asquerosa lograría salir de alguna manera para destruirle en la oscuridad...

¡Los tubos! Eso le dio la idea. Clavó sus ojos en el confuso amasijo de cables o tubitos plásticos que brotaban de la esfera de cristal, se introducían en el suelo y desaparecían dentro de un orificio.

Tuvo una idea rápida, certera. Olvidóse de la especie musgosa que flotaba en el líquido rabiosamente.

En vez de ello cargó sobre los tubos delgados y pequeños que formaban ramillete, como si de nervios artificiales se tratara.

Nervios... Eso debían de ser. Nervios del monstruo pastoso de la pecera... Sus contactos electrónicos, sus formas de energía, capaces de hacerle poderoso...

Se abalanzó sobre aquellos tubos, tiró de ellos con sus dedos fuertes, nervudos, sin lograr otra cosa que distenderlos, sin romperlos. La oscuridad ya era casi absoluta. Un gorgoteo jubiloso, como de triunfo, provenía del interior del recipiente.

Lucky Lyndon apeló a su coraje, a su furia, a su ansia vital por existir, por salvar a Ruby y a Randy, al menos, de un destino atroz, prisioneros de un ente maligno como aquél.

Clavó sus dientes en los tubos plásticos, los estrujó a la vez, comenzó a morder, a tirar, a hincar sus incisivos y colmillos, a rasgar, a despedazar brutal, despiadadamente...

Sintió calambres en el paladar, en todos sus huesos... Saltaron chispas azuladas, difusas, del manojo de nervios artificiales.

Radiante, Lucky Lyndon se volvió hacia el recipiente esférico, sin dejar de morder y rasgar aquellos tubos diminutos.

La luz verde, fosforescente, volvía a formarse dentro de la esfera... Y ahora, a su claridad, el amasijo mohoso que flotaba en ella, se agitaba epilépticamente, se cubría de unos manchones oscuros, y el líquido hervía, despidiendo vapor, como si todo estuviera destrozándose allí dentro.

Cuando tiró a un lado los cables rasgados, la masa de moho era un objeto inmóvil, flácido, exangüe, hundiéndose en el líquido. Mucho más repugnante aún que antes. Pero mucho menos peligroso. Muerto, reducido a la inmovilidad total.

Entonces la puerta del suelo comenzó a deslizarse de nuevo. Abajo, la voz de Randy sonó, apremiante:

—¡Mire, Ruby! ¡Ya se abre!

Y ella gritó:

—¡Lucky! ¡Lucky, mi vida! ¿Estás bien?

—Sí, pequeña… —jadeó Lyndon, al borde del agotamiento—. Estoy perfectamente, querida. El monstruo ha sido aniquilado. Su especie le aguardará en vano, allá en Andrómeda… Y espero que eso les convenza de que es difícil derrotar a los humanos.

—¡Lucky, aquí ha habido cortocircuitos en los controles! —gritó Randy.

—Lo suponía. La energía, la fuerza toda de esta nave, la generaba ese monstruo de aspecto mohoso. Lo llevaremos con nosotros para que averigüen qué clase de ente era. Pero imagino que se trataba de un fenómeno, de un auténtico coloso mental, capaz de crear energía, de producir sonidos, imágenes, de accionar toda esta nave… sin moverse de su recipiente, controlándolo todo con sus cables o sistema nervioso. Cerebros así, reproducidos por los mundos invadidos, harían inútil toda lucha. Por fortuna, ataqué su punto sensible… y lo destruí. Demos gracias a Dios, amigos. Y volvamos a la Tierra, a avisar a nuestros hermanos de raza, a que conozcan el peligro… para que el día que se presente de nuevo, si ello ocurre, sepan atajarlo.

—¡Lucky! —ella le miró angustiada—. Pero, Lucky, ahora que poseemos esta nave, ahora que podemos aprender su manejo e irnos a distancias inaccesibles… ¿piensas en volver a la Tierra?

—Sí, Ruby. Pienso en eso. Y creo que la Tierra es, después de todo, el mejor lugar de todo el Cosmos… Con sus defectos, con sus seres malvados, con todo lo que en ella existe de vil. Hay cosas más importantes que mi propia vida. La vida de los demás, su libertad, su derecho a existir, porque Dios les dio forma y aliento… Por ellos debemos luchar, no por nosotros. Ruby, debo volver y afrontar mi suerte. No pasivamente, claro. Lucharé. Y lo mismo que he vencido a ese monstruo, puedo vencer a Alaro Renzo. No vuelvo para ponerme en sus manos. No vuelvo para dejarme ejecutar tranquilamente. Vuelve un hombre que ha aprendido una gran lección en el espacio… y va a desarrollarla para la Humanidad toda, le guste a Renzo o no…

—Es muy arriesgado, a pesar de todo —objetó Randy, preocupado—. Renzo es peor que ese monstruo de arriba…

—No, no es peor. Es humano. Un vil ser humano, pero humano al menos. A ése se le puede entender mejor que a un ente cubierto de moho capaz de ocultarse en todas partes, capaz de dominar la energía, la luz y la fuerza… ¡Y si a éste lo destruimos… destruiremos también a Renzo!

Avanzó hacia los controles de a bordo. Se inclinó, estudiándolos

con fijeza. Luego, probó un resorte, otro, otro… Al llegar al décimo, la columna de cifras comenzó el descenso. Sus cuerpos experimentaron una brutal sacudida.

—Volvemos —dijo roncamente Lucky Lyndon—. Volvemos a nuestro sistema solar, amigos… Dios quiera que sea en buena hora.

Se acercó a Ruby, que lloraba. La rodeó con sus brazos. Besó sus labios. Luego, lentamente, susurró:

—Ten fe, querida. Ten fe en mí. Venceremos. Venceremos al tirano Renzo si realmente nos lo proponemos. Hay muchos descontentos. Muchos que le temen, que le odian, que desean aniquilarle… Yo seré uno más. Quizá su jefe. Y entonces Renzo va a lamentar toda su vida no haberme matado antes.

Ruby asintió, despacio.

—Sí, Lucky. No sé por qué he de ser así. Pero tengo fe en ti. Creo que vencerás de nuevo. Creo que eres demasiado grande, demasiado voluntarioso y fuerte para resignarte a huir o a morir… ¡Triunfarás, Lucky… y yo a tu lado!

Sus labios se unieron de nuevo. Era el beso del amor, de la fe, de la esperanza en un triunfo maravilloso… Randy Ball, risueño, también parecía tener fe en Lucky Lyndon, el hombre que necesitó el premio de la Lotería del Espacio para saber que la verdadera fortuna estaba en uno mismo, en su voluntad de luchar y de vencer…

EPÍLOGO

Bryan Planet, con un suspiro, cerró su bloc de notas.

Miró fijamente hacia mí. Me estudió en silencio. Después de una pausa, observó con lentitud:

—Y usted volvió...

—Sí, volví. Primero regresé a Marte con aquella nave de velocidad ultra-luz. En Marte estudié sus mecanismos, mientras el resto del planeta vivía aterrorizado por la aparición del moho viviente... que falto de la energía radiada por su núcleo central, el que yo aniquilé, terminó por perecer definitivamente.

Bryan Planet, reportero de la Cosmo-Visión, asintió con un movimiento de cabeza.

—Volvió después a la Tierra con esa misma nave. Mucho más avanzada técnicamente que las de Alaro Renzo y las de cualquier lugar de la tierra —continuó—. Y puso en jaque al presidente.

—Así fue, poco más o menos —sonreí—. La gente me siguió. Cuando revelé y probé la existencia de esos seres mohosos el terror empezó a cundir. Logré sembrar la desconfianza, el temor de que las gentes sometidas a la dictadura de Renzo fueran engañadas, mientras el enemigo de Andrómeda entraba en sus casas. Las noticias de Venus y de Marte contribuyeron a crear el resto de la psicosis de terror que llevó al caos a Renzo.

—No le bastaron al dictador sus medidas rígidas, brutales, represivas, ¿no es cierto?

—Así fue. Nada era ya posible hacer por evitar el desastre. Cuando sus propios hombres empezaron a sentir miedo, cuando mis compañeros de guerrillas empezaron a fingir la aparición de clapas musgosas, que nosotros mismos cuidamos de «plantar» inofensivamente en muchos sitios, su gente desertó. Yo, que había vencido a un núcleo de moho viviente, prometí que combatiría ese peligro, porque era el único capaz de dominarlo. Fue otro golpe atizado a la opinión pública. Todo el poder de Renzo no era bastante para dominar el terror. Y el terror colectivo le hundió a él. No hubiera querido que asaltaran su palacio, asesinándole. Pero no se podía dominar a las turbas. Y, después de todo, él hubiera sido condenado a muerte por su vileza en el mando. Encontró su justo final. Y la Tierra respiró tranquila. Sin musgo asesino... y sin Renzo.

Bryan Planet se puso en pie, mirando curiosamente a Lucky Lyndon. Luego, tras un momento de reflexión, comentó:

—Lo entiendo todo, Lyndon. Su valor, su audacia, su gran hazaña... Pero nunca comprenderé que un hombre que tanto luchó por ese poder renuncie ahora a él y decida vivir apartado de la

política, dedicado a sus negocios... y a jugar a la Lotería.

Sonreí divertido. Miré a mi visitante y manifesté:

—Yo no luchaba por la gloria de la política, ni por la ambición, amigo mío. Luché por algo mucho mejor y más digno: el bien de los demás, la ajena satisfacción. La paz, la vida y la libertad para todos... Eso busqué y lo obtuve. Mi padre sería feliz si pudiera verlo, igual que mi tío Gart. Ahora ellos están vengados, Planet. Dígaselo así a sus telespectadores. Y dígales también que Lucky Lyndon sólo desea vivir en paz. Vivir es hermoso, Planet. Es el mejor don que recibimos, la mayor fortuna que Dios nos concede. Vivir... Sí, es suficiente. Pero más si existe una mujer como Ruby Star al lado de uno...

Me volví. La había intuido, aun sin verla. Ella estaba allí. Mirándome dulcemente, como siempre. Reflejando amor en sus pupilas... Me acerqué a ella, la rodeé con mis brazos e interrumpí el ademán de Bryan Planet, el reportero.

—No, por favor. Nada de fotografías ni reportajes. Ella ya fue demasiado fotografiada antes. Ahora ya no es la «estrella» famosa, sino la señora Lyndon. Es mucho más. Ahora ya lo sabe todo, Planet.

—¿Todo? Creo que olvida algo... —sonrió él.

—¿Olvido algo? —enarqué las cejas. Luego reí—. Oh, sí, es verdad. Olvidaba que no le dije por qué juego aún a la Lotería, ahora que lo tengo todo. Se lo diré. Es por un sentimiento de lealtad. Después de todo, a la Lotería le debo cuanto soy en la actualidad. No sería justo olvidarse de ella... ¿Ya respondí a todas sus preguntas?

—Sí —asintió Planet. Me tendió la mano—. Adiós, amigo. Hoy he conocido a un héroe. Y a un hombre. Esto es quizá más difícil que lo primero...

—Gracias —le sonreí de nuevo—. Gracias, Planet. Usted también es mejor de lo que me pareció antes. Venga cuando quiera, amigo. Ahora mi socio, Randy Ball, que está en la antecámara, le acompañará a la salida si lo desea.

—Adiós, Lucky Lyndon... Y suerte.

—Adiós, Bryan Planet. Y gracias...

Salió el famoso reportero. Ya se lo había contado todo. Ahora estábamos solos Ruby y yo. Nos miramos. Nos rodeamos el uno al otro con nuestros brazos. Ella sonreía. Yo también.

—Soy muy feliz, Lucky —dijo.

—¿Necesito decírtelo yo también? —susurré, inclinándome para besarla.

La besé. Me besó.

Ruby, mi esposa, continuaba siendo el mejor premio que uno podía encontrar en la Lotería de la Vida…



ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

BEST - SELLERS POLICÍACOS

La intimidad de los hampones, toda la violencia contenida en la vida de aquellos hombres que basan la ley en el hábil manejo del cuchillo y la pistola y cuyas manos no sirven para otra cosa que para matar.

La intriga y la emoción más descamadas en un ambiente de crimen y odio, descrito por las mejores plumas extranjeras, que conocen los hechos más importantes del hampa por haberlos estudiado muy de cerca.

Best-Sellers Policíacos

Publicación quincenal.

Precio: 15. — pesetas.



Escena de la película EL ÚLTIMO TORPEDO
(Filmayer, S. A.)

Precio en España: 7.- ptas.

Notas

[←1]

Alusión a la palabra inglesa «Lucky»: suerte, fortuna, afortunado o dotado de suerte. De ahí el contraste aludido en el nombre del personaje.